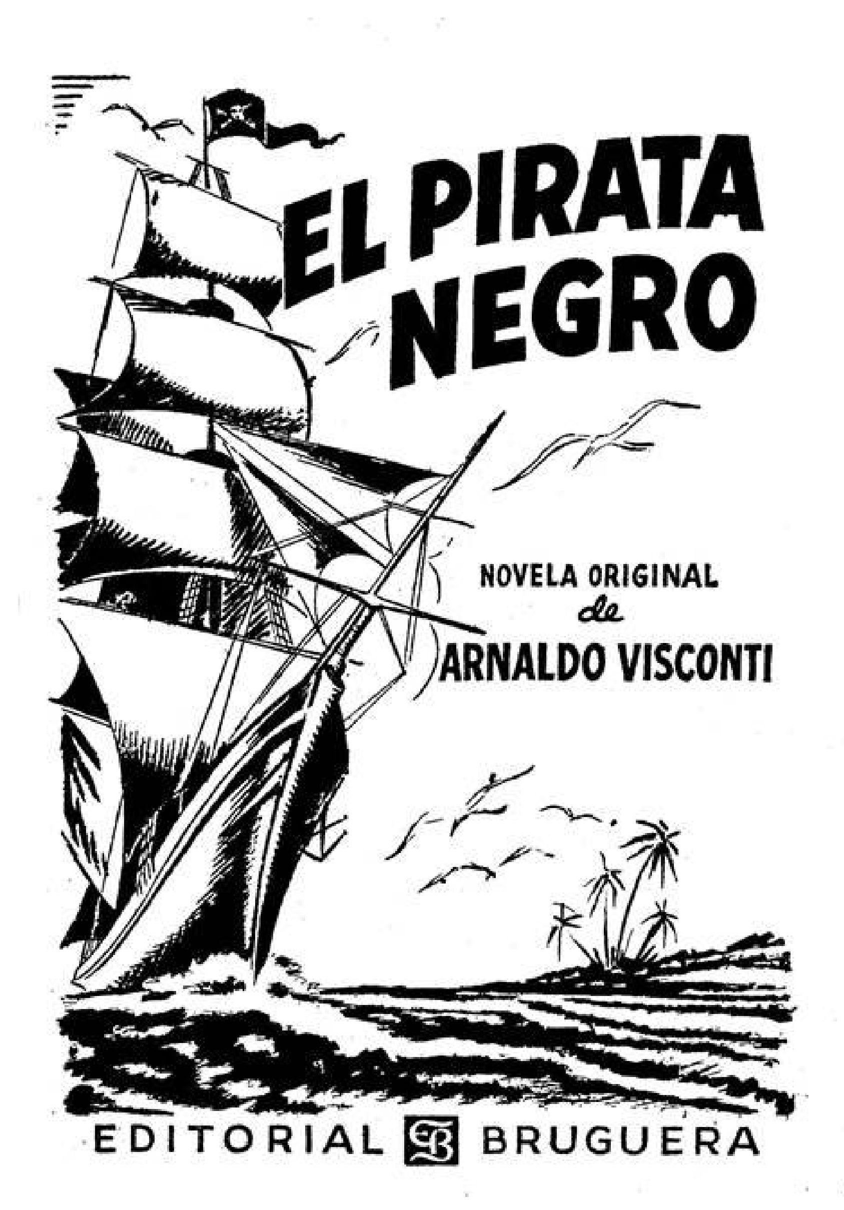
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

3 PTAS

EL LEOPARDO


EL PIRATA
NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

EL LEOPARDO

Colección El Pirata Negro n.° 06

Primera edición
Junio - 1946

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA - Mora de Ebro, 92 y 94
BARCELONA


El
LEOPARDO

Capítulo Primero

Cerebro, valor y corazón

La costa baja y escarpada ofrecía de vez en cuando entrantes protegidos que a modo de puertos naturales brindaban seguro anclaje a los buques que navegasen por las inmediaciones.

Pero eran pocas las naves que, a no ser por arribada forzosa, elegían aquellos parajes como lugar de tranquilo reposo. Porque si bien el mar se aquietaba en las baldas y la entrada a ellas no estaba prohibida peligrosamente por semisumergidos escollos, era, en cambio aquella costa baja del Yucatán semillero de veleros piratas. Y donde los elementos dormían, estaban, en cambio, muy despiertos los instintos malvados de los hombres.

El aguilucho que volaba lentamente en regreso a la alta cordillera que dominaba la ciudad de Méjico, proyectó la sombra de sus alas extendidas sobre la cubierta de una carabela. Extrañamente deshabitada, la carabela hallábase anclada muy cerca de la playa, casi lindando con la zona poco profunda, en la que un casco tan voluminoso y de sólida estructura como el de aquella nave hubiese encallado solo avanzando una veintena de metros más.

Era una carabela de majestuosa silueta que reunía la línea maniobrera de su afilada proa baja con la poderosa fuerza de sus costados artillados y la amplitud de su velamente arriado en hacinamiento.

Pero en la gran extensión de su cubierta no se veía una sola alma. Inmóvil y silenciosa, la carabela daba la impresión de una nave abandonada...

El aguilucho siguió su camino de vuelta a la cordillera mejicana. En el diáfano cielo de aquella mañana soleada, sus aleteos recortábanse pausados y eficaces contra el azul horizonte.

La costa, desde la altura, era para el aguilucho una sinuosa banda parduzca, ribeteada por dorados espacios que emblanquecían de pronto para casi confundirse con la gran extensión azul.

Tierra, playa, espuma de las olas y mar.

Treinta leguas más arriba del lugar donde anclaba la silenciosa carabela, en otro de los entrantes de la costa, un velero hallábase también inmovilizado por el ancla. Pero si en la gran nave artillada poderosamente todo era quietud y misterioso silencio, en el velero reinaba vigoroso aliento de vida salvaje.

De la borda saltaban cuerpos humanos zambulléndose en las quietas aguas... Otros, encorvados, manejaban largas pértigas rematadas en trapos húmedos con los que abrillantaban los maderos ensamblados de la cubierta...

Y si el aguilucho hubiera volado más bajo, habría visto su imagen reproducida en el pabellón insignia que aleteaba levemente en lo alto del mástil central del velero.

En el lienzo del pabellón pirata se plasmaba la figura de un aguilucho cerniéndose; era la insignia del “Aquilón”, el raudo velero de Carlos Lezama, el Pirata Negro.

Siguió el aguilucho su camino adentrándose en tierra; la línea multicolor, parda, amarilla, blanca y azul fué alejándose, siendo substituida por el verde intenso de la flora selvática.

La selva del Yucatán... Tupida vegetación sin tránsito humano en aquellos años del fin del siglo diecisiete, donde los españoles colonizadores moraban en las ciudades, ocupando las alturas de los indómitos aztecas.

Sin embargo, el sol penetrando a través de las ocupadas copas de los cedros gigantes rileaba verdes reflejos sobre la figura de un hombre atado contra el tronco de un cedro.

De estrecha cintura y amplias espaldas musculosas, el solitario prisionero vestía el atuendo pirata de combate. Pañuelo rojo anudado a la nuca, tórax desnudo, ceñidos pantalones negros cortados bajo la rodilla por las vueltas de unas botas mosqueteras...

El soI hacía resaltar los acerados múscuIos de los brazos cruzados por las líneas de Ia cuerda que mantenía al pirata contra el tronco. El rostro enmarcado por rebelde cabellera negra, lucia en los lóbulos de las orejas dos aretes de oro; y sobre el pecho desnudo brillaba sostenida por eslabones do oro una piuca circular del

mismo metal.

Pero lo que llamaba la atención en la actitud del prisionero abandonado en una selva poblada de fieras, era su burlona sonrisa que exhibía la blancura detonante de sus dientes, agudizados en los Incisivos, y destacándose en la atezada tez bronceada por el sol y el yodado embate salitroso de las salpicaduras del mar.

Los negros ojos Intensos y la corva nariz corta aquilina hablaban de impetuoso carácter dominante; el voluntarioso mentón completamente rasurado en contraposición a. la costumbre de la época y el fino trazo del negro bigotillo que sombreaba el lado superior eran dos rasgos que denotaban el carácter de independencia; y la recia musculatura enjuta revelaba al hombre habituado desde su más remota juventud al ejercicio violento.

Echó el pirata hacia atrás la cabeza reclinando la nuca contra la corteza y el silencioso ambiente fué rasgado por dos estridentes silbidos modulados en forma especial. Estallando con fuerza los silbidos decrecían hasta cortarse en seco.

Para un espectador ignorante de los sucesos que habían precedido al momento en que el pirata atado cayera prisionero, los dos silbidos estridentes sólo podían tener un significado. El pirata llamaba en su auxilio a sus hombres, intentando aprovechar la breve o larga ausencia de los enemigos que forzosamente debían ser los que le dejaban atado y a merced de las fieras de la selva, o bajo la amenaza de una muerte aún menos misericordiosa por hambre y sed.

Había dos espectadores... y sonreían. Pero sus rostros, al sonreír, nada tenían de amables. Piratas por sus atuendos, quizás sonreían amablemente divertidos, pero ignoraban que sus rostros brutales eran aún más horrorosos al sonreír.

Ocultos tras altos matorrales, espiaban la figura del hombre atado. La figura de Carlos Lezama, el Pirata Negro.

Ambos espías se dieron un mutuo codazo bestial, cuando, a cinco pasos del Pirata Negro, una elástica sombra se detuvo amenazadora.

Un leopardo. Un leopardo que acababa de saltar al suelo desde la copa de un cedro. La larga cola azotaba los flancos moteados de negras manchas vellosas destacándose en la piel pardorrojiza. Era un leopardo joven, de unos cinco meses. Su achatada cabeza de

rojas pupilas y cortas orejas erguidas, miraba fijamente al Pirata Negro.

El Pirata Negro sonrió y volvió a lanzar al aire los dos silbidos modulados en forma especial.

El leopardo echó hacia atrás las dos cortas orejas, con lo que su cabeza adquirió un aspecto de receloso furor. Las poderosas zarpas se encogieron; los flancos traseros descendieron y apoyado sobre las dos patas delanteras el leopardo se preparó a saltar hacia el hombre atado, que distaba de su alcance cinco pasos...

Los dos piratas, ocultos, seguían sonriendo, aunque sus diestras estaban apoyadas en las culatas de las dos pistolas, que se entrecruzaban hundidas en sus fajas.

El Pirata Negro empezó a forcejear intentando desasirse de la cuerda que le mantenía indefenso al tronco del cedro. Pero seguía sonriendo incomprensiblemente...

El leopardo, formando un triángulo amenazador cuya base eran las zarpas posadas en el suelo y cuyo lado recto era el poderoso y amplio pecho jadeando sonoramente, preparaba la aguda línea arqueada de su lomo prolongado por el achatado hocico... Y se distendió como una saeta liberada del arco...

El cuerdo felino y elástico de la fiera cruzó el aire y vino a abatirse como proyectado por una catapulta contra el tronco a un costado del Pirata Negro.

Y los agudos dientes del carnívoro y las recias uñas largas arañaron hondamente la corteza... Las ligaduras que mantenían atado al Pirata Negro cayeron segadas como por hoz afilada...

Carlos Lezama estaba ya libre de la cuerda, cuando aún el leopardo, horizontalmente pegado contra el ancho tronco, batía sus flancos traseros con la larga cola.

La diestra del Pirata Negro acarició la testa peluda de la fiera, que abandonó el lacerado tronco, y cayendo sobre sus zarpas, continuó azotándose los flancos. Pero su hocico rozaba las botas del pirata, y aunque gruñía, gruñía con elocuente parla. Para quien lo había criado, alimentándolo con carne y vino, desde que era un cachorrillo de apenas quince días hasta el presente momento, los gruñidos del leopardo significaban para el Pirata Negro la manifestación de que el juego que se acababa de desarrollar estaba ya entendido en todas sus reglas.

—Miles de seres humanos quisieran tener un adarme de la riqueza que tu cerebro posee, "Satán"—habló el Pirata Negro, cuyos dedos seguían acariciando brutalmente la ancha cabezota del leopardo—. Cinco días sólo hace que empezamos ese juego y lo has asimilado. Basta que yo me ate a un tronco, flojamente por si recuerdas de pronto que naciste fiera, y silbe dos veces con silbido creado especialmente para ti, y acudas estés donde estés. Me miras amenazador; tus pupilas preguntan... Y forcejeo, como si realmente no pudiera librarme de mis amarras, como si fuera barco abordado y asido por garfios, silbo de nuevo y sabes interpretar mi llamada de auxilio. No te negaré que el primer día que saltaste sobre el tronco, mi diestra mantenía con fuerza el pomo de mi puñal. Lamentaría tener que matarte, "Satán"; eres mi mejor amigo. Pero tú no tienes la culpa de ser una fiera y algún día lo recordarás. Y créeme, que yo no quisiera que mis espaldas y mi pedio quedaran surcados por las rayitas que sangran del tronco.

Señaló Carlos Lezama con la barbilla las hondas incisiones que cruzaban en el tronco los lugares donde antes pasaba la cuerda en sus varias vueltas. Las vueltas que flojamente el propio Pirata Negro había terminado de rematar manteniendo el extremo entre los dientes, y dejando juego a sus brazos, para liberarse solos en caso de una reminiscencia selvática de "Satán" o en caso de una aparición inesperada de una fiera sin domesticidad.

—Vámonos a bordo, "Satán". Conoces ya el juego y te has ganado una ración extraordinaria de hidromiel. Eso que tanto te gusta ¿sabes? Miel con vino dulce y pimienta.

Los dos piratas espectadores corrían ya con toda la celeridad de sus piernas hacia el velero "Aquilón".

Carlos Lezama echó a andar y a su lado, rozando sus botas con los largos bigotes erizados, el leopardo acompasaba su majestuosa zancada a la del hombre que para la fiera era el ser de erguido continente que sabía hablarle con grato murmullo sonoro y ronco, y que Había tocar su eléctrica piel estremecida siempre con duros dedos acariciantes. *Y* la obscura mente de la fiera recordaba siempre que aquel rostro aquilino y audaz era la figura que no inclinaba sobre sus juegos de cachorrillo, volviendo a colocar al alcance de sus zarpas las pelotas de carne que resbalaban por el suelo del camarote escapándose de sus garras.

—Hacemos buenas migas, “Satán”, porque tenemos el mismo carácter. Somos orgullosos y no nos gusta la sociedad humana. Tú por fiera gruñes con ira cuando te roza alguno de mis piratas y aún no ha cicatrizado el zarpazo con que casi arrancaste el brazo del insolente bribón que quiso tomarse contigo la confianza de acariciarte. Yo por reveses en mi vida, no admito tampoco que nadie se tome confianzas conmigo. Nadie nos ve ahora, “Satán”. Tiende las orejas.

El Pirata Negro se detuvo enfrentándose con el leopardo. Con las dos manos hizo un ademán como si levantara algo y a la vez silbó una sola vez breve y secamente. El leopardo gruñó, sentandose sobre sus cuartos traseros. Repitió Lezama su silbido y el ademan. Distendióse la fiera y elevándose aplicó sus dos patas delanteras en ambos hombros del Pirata Negro.

Y frente a frente quedaron las negras pupilas audaces del hombre y las sanguinolientas pupilas feroces de la fiera. El aliento de la selva mezclóse en el corto espacio de aire con el aliento del hombre.

—El primer día me arañaste, “Satán”. Pasamos los dos un momento de peligro— habló el pirata, mirando sonriente las impresionantes gemas rojas de las pupilas del leopardo—. Tú, porque la vista de la sangre empezó quizás a despertarte ancestrales recuerdos, y yo porque estaba temiendo que hincaras aún más tus zarpas obligándome a hacerte seguir el camino de tu difunto padrazo. Pero pasó y tu cerebro supo la segunda vez imprimir aterciopelada vaina a tus garras. Así es cómo debe ser, “Satán”. Patas de terciopelo para mí, garras afiladas para los demás. Bien vuelve a reposar sobre tus cuatro patas. Terminó el abrazo amistoso, que en bien de los dos quiero dure años y años.

El Pirata Negro colocó el índice en el amplio pecho de la fiera y el leopardo quitó sus zarpas delanteras de encima de los hombros humanos.

Reanudaron el camino hacia la playa. Divisábase ya la esbelta euritmia del “Aquilón”, el veloz velero, y cuando el hombre y la fiera llegaron a la arenosa faja que separaba la selva del mar, una lancha en cuyos remos se tensaba un hercúleo negro, aguardaba.

Y la lancha impulsada por la vigorosa remada del negro fué acercándose al velero, portando al Pirata Negro y su “gato” como

llamaban al leopardo con envidia y temor los cuarenta y cinco piratas que componían la tripulación del velero.

Envidia porque el leopardo disfrutaba de la total amistad del que para ellos más que jefe era un semidiós. Y temor, porque sabedores de que no podían matar a aquel "animalucho” no gustaban de su proximidad.

A bordo entraron con similar agilidad los dos “amigos”. El hombre saltando con felina agilidad y el leopardo distendiendo elásticamente los acerados muelles de sus patas. Y también hubo gran semejanza en su forma de encaramarse al castillete de proa. El Pirata Negro colocó sus manos en la basa del castillete al primer salto y en segundo impulso cayó en pie en el círculo interior del castillete de mando. El leopardo, si llegó dos segundos después junto a él, fué porque necesitaba saber dónde iba su dueño, aquel ser cuyo aroma perceptible sólo al olfato de la fiera, representaba para el leopardo la única “fiera” con la que podía vivir sin recelo y recogidas las garras.

Esta vez los silbidos del Pirata Negro tenían otro significado. Reunión general. Conocer a sus hombres para hablarles. Y los cuarenta y cinco piratas apresuráronse a apiñarse sobre cubierta a los pies del castillete donde Carlos Lezama, brazos cruzados, les contemplaba sonriendo con burlón afecto, mientras a su bulo, el leopardo, sentado sobre sus cuartos traseros, erguía la testa, mirando inexpresivamente al bronceado atleta cuyo “gruñido” estaba ahora oyendo.

—Buenos mañanas, mis valientes. Seguimos todos muy felices, hartándonos de bazofia y vinazo, remojándonos cuando el sol arde y tumbándonos bajo las velas cuando el cuerpo nos pide una siesta dulzona. Brava vida para bravos bribones como nosotros. Diréis que él casco del “Aquilón” va a pudrirse aquí inmóvil habiendo por el mar tantas ricas presas. Nos haremos a la mar pronto, pero antes, escuchadme bien, bergantes.

Todos los rostros hirsutos los más y plasmando en los rasgos bestialidad, alzánbanse atentos.

—A escasa distancia nuestra, treinta leguas por tierra, a lo sumo, ancla una carabela—siguió diciendo el Pirata Negro—. Una carabela poderosa, que es más bien una fortaleza flotante. Es la francesa carabela llamada “Vengeance” y pertenece al corsario Gars

“El Albino”. Gars “El Albino” debe morir, no por corsario, sino porque es el responsable de que… una mujer a la que yo amé, muriera. Y debe, por tanto, morir a mis manos. No podré hacerme a la mar hasta tanto no haya sentido resbalar por entre mis dedos la cálida fluidez de la sangre de Gars “Él Albino”. Y es ésa empresa que requiere la cualidad de saber esperar… porque Gars “El Albino” enloqueció ha poco. Y confío en que será pasajera su demencia, porque yo no puedo matar a un hombre sin juicio, Necesito que Gars “El Albino sepa quién lo mata y por qué lo mata. ¿Por qué os cuento todo eso? Es la pregunta que leo en vuestros rostros repugnantes. Para que sepáis que debéis estar siempre vigilantes, aun en estas aguas dormidas. Gars “El Albino” dispondrá pronto de sus corsarios que van siendo reunidos después del pánico que les sacudió, por el lugarteniente del corsario, un bravo bretón llamado Jan Bar! Y si la misión que Gars “El Albino" tenía era apresarme por orden del buen Rey de Francia, la misión que yo, mi propio rey, yo en quien nadie manda aparte yo mismo, tengo señalada, es la de dar muerte a Gars “El Albino”.

El Pirata Negro estalló en repentina carcajada alegre. El leopardo tendido a sus pies le miró ladeando la cabezota. Le gustaba oír aquella ronca y seca sonoridad…

—He reído, mis valientes, porque recordaba que hace poco en la selva pensaba en que vosotros erais hombres virtuosos. Sí; es natural que al oíros insultar así crispéis las jetas. Pero las crispáis más que nada por que no comprendéis lo qué significa esa palabra “virtud”. A menos que el docto y sabihondo andaluz de Chiclana, nuestro “Piernas Largas”, hombre leído y “escribido” como él mismo se califica, sepa la exacta definición de palabra tan rara a vuestros oídos. ¿Conoces lo qué decir quiere la palabra virtud, andaluz? Contéstame.

Destacóse del grupo un larguirucho pirata de esqueléticas piernas y ancho tórax atlético. La magra faz era un compendio de todos los vicios. Cruzaba su pecho la bandolera de una guitarra. Exhibió al hablar unos dientes negros bajo el espeso mostacho y por entre la poblada barbaza que cubría casi todo su rostro.

—Me honra que me preguntes, señor — dijo alzando orgullosamente el rostro—. En Chiclana aprendí letras ores y después… seguí aprendiendo más.

—Sí; en las cárceles. Cuando te conocí, andaluz, estabas entre las rejas del Penal del Puerto de Santa María allá en gaditana tierra. Y templabas bien la guitarra, manejando bien la espada. ¿Qué es la virtud para ti?

—“Iznorante” es quien no lo sepa, señor. Virtud es no beber, no cantar, no pelear, no robar… en fin, ¡no poder hacer nada! Aburrirse!

—Definición de pecador, “Piernas Largas”. El virtuoso puede beber moderadamente, cantar sin palabrotas, pelear si defiende su honor, y… robar si es mercader. No se aburre porque su conciencia vive tranquila. Pero eso de conciencia es otra palabreja que no conocéis. Pues sí, bribones, os conceptué virtuosos al compararme con “Satán". Mi gato y yo poseemos tres cualidades: cerebro, valor y corazón. Y hubo un sabio antiguo de la Grecia, creo que llamábase Aristóteles, que dijo: "La virtud es el justo medio”. Quería Insinuar que los extremos son odiosos. Y vosotros sois virtuosos comparados con “Satán” por que estáis en el Justo medio: de las tres dotes que adornan mi gato, sólo la del medio poseía. El valor. Valor que no os niego es grande, y por el cual os aprecio, Pero cerebro y corazón son órganos que brillan en vosotros por la ausencia. Y por eso sois felices: sin cerebro no pensáis y evitáis así leves tormentos y corazón el que tenéis sólo os sirve para repartir por vuestro cuerpo la sangre sin que os enteréis. Y por eso sois asquerosamente felices; porque desconocéis las torturas de amar. ¿Quieres hablarme, andaluz? Veo que sacudes la cabeza.

—Decirte quiero, señor, que dudo que tu gato posea “cerebrio” y corazón—dijo muy convencido “Piernas Largas”.

—Tiene cerebro porque sabe interpretar mis deseos sin tener oídos, que como vuestras orejas, traduzcan mis palabras aclaratorias. Y tiene corazón porque es agradecido. Yanta de mi mano y tiende su testa a mis caricias, y, sin embargo, fiera nació. Bien, pero no estamos aquí para hablar de virtudes ni de gatos. Advertidos quedáis que rondan por los alrededores corsarios franceses cuya misión es la de apresarme. Y no dudéis que si os pueden pasar a cuchillo quedarán pronto en el mundo cuarenta y cinco cadáveres de hombres virtuosos. Alerta y no abandonéis el casco más allá de un centenar de metros. Juanón, mi excelente espía, me cuenta todas las noches cuanto hacen Jan Bart, el

lugarteniente de Gars “El Albino”, y Garce, la hermana de éste. Van reuniendo ya todos sus dispersos tripulantes de la carabela y no quiero que nos cojan por sorpresa. He terminado.

Empezaban ya a disgregarse los cuarenta y cinco piratas, cuando alzaron de nuevo las cabezas al oír hablar a su jefe:

—Dos de vosotros estaban hace poco acechándome cuando me até al tronco para darle la lección a “Satán”. Sé que espiaban temerosos de que mi gato aprovechábase el verme parecer indefenso para emplearme como sabroso almuerzo, Agradezco que veléis por mí, pero me revienta que os sintáis nodrizas mías. Os he dicho ya que tanto “Satán” como yo poseemos tres cualidades: cerebro, valor y corazón. No nos hacen pues falta centinelas. Quedad advertidos, porque o bien mi gato se molestará por vuestro acecho y os dejará como el tronco del cedro, o bien yo me molestaré y a puntarazos de mi bota en las posaderas os haré correr hasta el agua, para que siquiera por una vez en vuestra vida os bañéis. Romped filas y recordad: rondan los alrededores doscientos corsarios. Las fuerzas de Gars, “El Albino”.

Capítulo II

Gars "El Albino"

La carabela “Vengeance” seguía semejando una nave desierta. No había el menor movimiento sobre su cubierta, donde sólo veíanse bacinadas velas y largas Mieras de culatas de culebrinas.

Pero donde el sol no penetraba, en el entrepuente, pasado el corredor que conducía a la sala capitana, reuníanse en el camarote principal tres personajes.

Jan Bart, el lugarteniente de Gars, un bretón de rechoncha musculatura y límpidos ojos azules, en aquel momento desolados al mirar a su jefe.

Gars “El Albino”, sentado, jugueteaba con su bicornio, en cuyo interior pronunciaba de vez en cuando palabras incoherentes, con bobalicona sonrisa.

El tercer personaje, también sentado alrededor de la mesa central del camarote, era Garce, la hermana del jefe corsario. Albina, también, sus blancos cabellos, sus ralas cejas blancas y sus descoloridas pestañas, formaban el extraño aspecto de su rostro, cuya siniestra belleza particular estaba realzada por la rojiza luz de sus pupilas, idénticas a las de su hemano Gars.

—Enloqueció, Bart—murmuró ella, que desde hacía un instantes contemplaba fijamente a Gars “El Albino”. —No tiene remedio...

—Fué un acceso de ira, Garce. Y tu hermano sanará, porque así se lo he pedido de rodillas a Santa Ana.

Era rasgo característico del bretón la racial devoción que todos los hombres de Armor, la bretona región francesa, sienten hacia su patrona Santa Ana. Podían ser hombres de bien o feroces corsarios... Todos veneraban la cándida imagen de la santa, invocándola siempre para el buen éxito de sus empresas.

—Rezar de nada sirve— rebatió Garce—. ¿Crees tú, acaso, que con oraciones volverá mi hermano a ser un hombre cabal? —preguntó con aire desdeñoso.

—No debes desconfiar de Santa Ana aunque nacieras en región picarda. Hay milagros, y creo en ellos. ¿No es milagro que el Pirata Negro dejara en vida a mi jefe? ¿No es milagro que nos permitiera anclar la carabela? ¿No es milagro que tu vida perdonase tras que tu intentaste apuñalarlo? [1].

—¡Lo odio! exclamó ella sordamente, retorcidos sus delicados rasgos faciales a influjo de un intenso furor.

—El tiene la culpa de que mi hermano..,

No supe no supe ser jefe...—hablaba Gars "EI Albino”, dirigiendo su voz al Interior del bicornio—. No supe imponerme a ellos... y huyeron como ratas...

Jan Bart dióse un palmetazo en la frente con tal vigor que su
cabeza retrocedió atrás violentamente.

—¡Tonto de mi!—exclamó—. Seguiré rezando, Garce, mal te pese. Pero también haré lo que debía haber hecho ya hace horas. ¿Sabes cómo puede sanar tu hermano? No, no puedes saberlo porque era tu primer viaje con él y desconoces su carácter. Si era el primer corsario del Bey de Francia era porque mantenía a bordo una férrea disciplina y porque era valiente como ninguno y el primero en el combate. Y ha enloquecido al ver la tragedia que repentinamente cayó como una maldición sobre la carabela. Pero... escúchame, Garce... Si en la cubierta se reúnen todos los hombres que quedan y que andan extraviados por la selva, huyendo de la carabela, ¿no crees que tu hermano al verlos, al ver su carabela de nuevo tripulada por sus corsarios, recuperará la razón?

Ella asintió mudamente, pero sus ojos brillaron despectivos.

—¿Por qué me miras así, Garce?

—Porque eres un bretón imaginativo. ¿Quién podría hacer que los corsarios volvieran a bordo?

—Yo—dijo con sencillez el bretón levantándose—. Yo los traeré.

Garce rió con desdeñosa carcajada maligna.

—¡Mientes!—gritó de pronto—. Lo que pretendes es huir como los demás y dejar a tu jefe solo. ¡Vete ya, sin mentir! Quedaré a solas con mi hermano. No queremos cobardes a...

—Porque a él me ligan promesas de amistad y respeto, no te

mato, Garce —dijo el bretón en voz baja, casi un susurro. Pero sus ojos no eran ya dos límpidos charcos azules y cándidos, sino dos entrecerradas rendijas por las que brillaba la cólera más viva. —Eres su hermana, pero eres también mujer de tierra adentro. No sabes quién soy. Me has llamado cobarde, me has acusado de huir, has calificado mis palabras de mentiras. Si tu hermano tuviera su sano juicio te abofetearía él mismo. Pero al fin y al cabo no eres más que una mujer... y yo soy Jan Bart.

—¡El rey de los mares!—rió burlona Garce—. Suponiendo que te creyera, ¿crees acaso que tus corsarios volverían? Te matarán. Eso es lo único que conseguirás. Saben que eres el perro fiel de Gars...

—No me importa todo eso. Quizás me maten... pero la única probabilidad que existe de que mi jefe recupere el juicio es ver en cubierta a los doscientos supervivientes. Hasta la vista... o adiós.

Jan Bart iba ya hacia la puerta del camarote, cuando dióse vuelta y destocándose el tricornio do ancha ala delantera levantada, hizo algo que podía parecer ridículo. Frotó su rubio bigote contra la mejilla del corsario loco en ademán torpe por lo viril.

—Adiós, jefe... o hasta la vista.

Gars “El Albino”, siempre riendo bobamente, miró a su segundo. Pero sus pupilas eran inexpresivas. Y contempló salir a Jan Bart del camarote sin retenerlo. Al verse solo frente a su hermana, cubrióse de nuevo la boca con el bicornio y en su interior fué recitando monótonas incoherencias.

Garce enlazó con el brazo el hombro de su hermano, intentando besarle en la mejilla. Pero si el corsario había seguido sonriendo cuando recibió el áspero roce del bigote de Jan Bart, ahora se enrareció su semblante y con enérgica ¡sacudida desprendióse del abrazo de su hermana.

—¿Quién... quién eres tú?—preguntó hoscamente.

—Garce... tu hermana—dijo tímidamente.

—No me toques—replicó él con ceño huraño. Ella se levantó apartándose de él, y entonces renació la sonrisa bobalicona en la faz atormentada del jefe corsario de la carabela.

Garce lloró mudamente. Odiaba a la humanidad entera; gozó miles de veces imaginando los peores tormentos para cuantos la rodeaban. Su alma estaba impregnada de maldad... pero tenía un solo amor: su hermano.

Aquel hermano que cuando trabajaban desde los siete años en la granja picarda donde los había recogido acunados en un cesto y abandonados cuando apenas hacía varios días que habían dado el primer vagido, los dos hermanos vivían como dos leprosos. La superstición campesina auguraba que aquellos dos albinos traerían grandes males para las cosechas y de secarían las ubres vacunas. Y el único calor que los dos hermanos conocieron fué la tibia caricia de los flancos de “Ginette” la vaca de la granja.

Fueron creciendo aislados, revolcándose en las charcas con los cerdos, hurtando las bazofias de los perros, comiendo en el árbol las ácidas manzanas de sidra, y por todas partes sólo veían a la gente persignarse para ahuyentar el maleficio de las rojas pupilas de los dos albinos.

Un día, Gars desapareció. Fué la primera vez que Garce lloró al Terse ya sola frente a la hostilidad de la gente. Cundió el rumor de que un pirata picardo albino asolaba los mares, estando a precio su cabeza. Le llamaban Gars “El Albino”. Tuvo ella que huir de la granja, porque los cristales saltaban hechos añicos a pedradas que los mozos disparaban contra el refugio de la albina.

Huyó y fué rodando de taberna en taberna como fregatriz y admitida, pese a su maleficio de albina, porque era resistente para el trabajo.

Y en la soledad de las pocilgas que de alcoba le servían, el alma de Garce fué envenenándose do maldad. Su principal pasatiempo era soñar despierta en que se convertía en rica y poderosa: y sólo quería la riqueza y el poder para torturar a todos los que se persignaban al verla.

Un día supo que el antiguo pirata perseguido, había conseguido patente de corso[2]. Ya no era el pirata con la cabeza a precio, sino el corsario Gars “El Albino”, honrado con el favor del Rey y haciendo frecuentes escalas en Burdeos. Ella lo aguardó, y parco en palabras, brutal con ella, Gars la admitió a bordo en aquel primer viaje que para ella había terminado en tragedia, por la intromisión del Pirata Negro. Y «hora Garce reunía dos imágenes en su alma: la de su hermano para el que eran las lágrimas de afecto y la del Pirata Negro, para quien se condensaba toda su maligna sed de torturas.

* * *

Jan Bart, apenas la carena de su lancha con la que había

abandonado la carabela rozó el fondo arenoso de la playa, dejó los remos y saltando al agua, donde se hundió hasta medio pecho empujó la lancha.

Dotado de recia musculatura consiguió encallaran sobre la arena y extrajo entonces del interior de la lancha, las dos pistolas que habíase desfundado de la faja al saltar al agua. Volvió a colocarlas en su ancho cinto de brillante seda roja y comprobó que la espada jugaba libremente en la vaina.

Con decidido andar internóse en la selva. De vez en cuando lanzaba un grito: el grito con que los marinos bretones se saludaban de borda a borda:

—¡Ehoe...! ¡Ehoe...!

Nadie contestaba... y seguía internándose Jan Bart cortando la maraña de lianas cuando se oponían a su paso.

De pronto desembocó en un amplio claro donde casi uno encima de otro se amontonaban tendidos en el suelo más de un centenar de corsarios.

—Hola — saludó secamente Jan Bart—. He venido a hablaros.

Algunos corsarios se arrodillaron; otros sentáronse espalda contra espalda; pocos se levantaron. Pero todos coincidieron en ostentar la misma expresión hostil y algunas diestras descendieron cautelosamente hacia sus puñales.

—¿Vosotros sois la flor y la selección de los marinos corsarios franceses? pregunó Jan Bart, avanzando hasta detenerse en el centro de aquella compacta masa de hombres—. Habéis huido como cobardes... y tenéis que volver a bordo. Os obliga a ello vuestro pacto con la ley francesa.

Uno de los corsarios asestó una vigorosa puñalada contra el pecho del lugarteniente de Gars “El Albino”. Era su respuesta; la respuesta que todos se disponían a dar.

Jan Bart detuvo a tiempo la muñeca armada, retorciéndola con vigor hasta que al suelo cayó el puñal. De un empujón al que le había agredido, lo mandó rodando al suelo. Y desenvainó su espada, asiendo con la diestra una pistola con la que encañonó al cielo.

—Matarme podréis, estúpidos. Pero si me matáis habréis perdido la posibilidad de volver a ser hombres como los demás.

—¿Vienes a curarnos, quizá?—preguntó uno de los corsarios intentando escurrirse hacia un lado para evitar el descenso del

cañón de pistola.

—Sí, a eso vengo. Todos estáis acobardados...

—¿No lo estarías tú, verdugo?—gritó uno de los corsarios y rasgóse, al hablar la camisa, con fiero ademán:

En el pecho descubierto se destacaban contra la blanca carne manchitas parduzcas alternando con otras más tenues, negras.

—Viruelas — dijo lacónicamente Bart—. ¿Y esas manchas os asustan? ¡Quietos! Podréis matarme, pero caerán algunos de vosotros antes.

—¿Qué nos importa? ¡Tenemos que morir igualmente...!

—¡Insensatos!—rugió Jan Bart deteniendo con su espada la primera acometida—. ¡Moriréis de hambre y de sed si continuáis aquí!... ¡Volved a bordo! ¡Ninguno de vosotros tiene la viruela!

Un coro de amargas carcajadas y blasfemias acogió las palabras de Jan Bart. Y Jan Bart hizo un gesto en

traño; abrió su camisa y mostró el recio pecho liso y blanco.

—Yo no tengo vuestras manchas, ¿lo comprobáis? ¿Lo veis bien? Acércate, Quimper. Tú eres el que más manchas luces. Ningún hombre sano como yo se atrevería a tocarte, ¿verdad? Acércate te digo.

Y cuando estuvo frente al contaminado por la terriblemente contagiosa lacra, Jan Bart rozó su pecho desnudo contra el del corsario, manteniéndolo abrazado unos instantes. Lo rechazó con brusco empujón.

—¿Habéis visto? Yo, Jan Bart, sin manchas porque no como vuestra comida, sino que me guisan aparte, así como el jefe, me he rozado sin temor contra Quimper, porque, pese a su aspecto, Quimper no tiene la viruela... ni ninguno de vosotros la tiene.

Los corsarios estrecharon su círculo alrededor de Jan Bart, pero ya no ostentaban sus rostros torvas expresiones amenazadoras, sino una absoluta incredulidad matizada de ávida esperanza.

—Gars y tú mismo prendisteis fuego al camarote de los hombres de servicio cuando se declaró la epidemia —rebatió Quimper.

—Sí. Era antes de que supiéramos la trampa. También nosotros creíamos que a bordo se había declarado la más temible de las plagas: La viruela. Pero os repito que fué una trampa infernal del Pirata Negro. ¿Recordáis los dos aztecas que recogimos a bordo en Tuantepec, para que nos guiaran al lugar donde decían estaba

oculto el Pirata Negro? Pues bien; uno de aquellos pretendidos aztecas era el propio Pirata Negro. Y los alojamos en las cocinas. Mezclaron con vuestras comidas una hierba de monte que hace aparecer en los cuerpos las mismas manchas y produce los mismos vómitos negros que la viruela.

—¿Por qué, si es así — preguntó Quimper—, prendiste tú fuego al camarote de los hombres de servicio?

¿Y por qué luchaste junto al jefe contra nosotros para impedirnos huir de Ia nave contaminada?

Y ¡Torpe! Porque tampoco entonces sabíamos la trampa y os creíamos apestados. Pero de labios del propio Pirata Negro hemos oído la relación de su ardid. El ardid con el que envió a la muerte a un centenar de nosotros en lucha fratricida. ¿Creéis que si tuvierais la viruela yo habría venido entre vosotros? Regresad a bordo.

Un corsario avanzó; reía frotándose las manos.

—Te creo, Bart. Estamos sanos y todo ha sido un ardid del Pirata Negro. Pero yo no vuelvo a bordo. Gars “El Albino” nos diezmará; escogerá a uno de cada diez de nosotros y lo hará ahorcar por haberle desobedecido. Sabemos cómo las gasta.

—Hablo en su nombre, Robert. Yo soy su lugarteniente y él ha prometido vida salva para todos y ningún castigo. Comprende que el pánico fué cosa natural, y os necesita a todos para capturar al pirata español y a sus hombres.

—No me convences—dijo el mismo corsario que había hablado —. Ahora todo son buenas palabras y luego...

—Tercos imbéciles como tú son los

que mueren como perros. ¿Sabeís lo que os espera aquí? Muerte por hambre y sed; noches pobladas de fieras; ataques de los indios de los montes... Allá, en cambio, os aguarda la carabela, el regreso a Francia, la buena comida y la espléndida paga. Ven aquí, Quimper; tú eras el contramaestre que mandaba en los hombres de la guardia especial de Gars. Reúne a todos tus hombres y ven a bordo. Allí os espero. Los demás, pudríos si queréis. No seré yo quién de la mano os lleve a bordo de la “Vengeance”.

Jan Bart a codazos abrióse paso por entre los corsarios; antes de internarse de nuevo en la selva, habló por encima del hombro:

—Si no volvéis seréis corsarios desertores. Os matarán los españoles o por desertores a ningún sitio francés podréis volver.

Jan Bart envainó la espada, colocó en el cinto su pistola y desapareció en la selva.

* * *

Garce paseaba por el desierto puente alto. Por fin su hermano habíase sumido en un profundo sueño y ella, desarmándolo sin que él se diera cuenta, lo había encerrado en el camarote. Al menos así estaba segura de que Gars “El Albino” no atentaría contra su propia vida en un arrebato de locura.

Paseó mucho tiempo hasta que en la cubierta saltó la robusta figura de Jan Bart,

—¿Lo dejaste solo?—preguntó ceñudamente el bretón.

—Sin armas y encerrado. Duerme. Jan Bart, sin más palabras, subió al puente de mando. Allí cogió un largavistas que enfocó sobre la playa. Permaneció a la espera mucho tiempo. Por fin soltó el largavistas y en su rostro asomó una sonrisa.

Quimper, el contramaestre, acababa de zambullirse en el agua y acercábase a Ia carabela, seguido por una quincena de corsarios. Nadaban vigorosamente y halaron de los cabos que desde la borda les lanzaba Jan Bart. Pronto estuvieron en cubierta, chorreantes y recelosos.

—Confiamos en tu promesa, Bart— habló Quimper—. Estamos prestos de nuevo a ser la guardia personal de Gars. Pero queremos que Gars nos asegure que ningún castigo nos espera por habernos marchado.

—Gars está en su camarote. Sufre un ataque de insolación pasajera. Pero me ha dado plenas facultades para ejercer el mando hasta que pueda levantarse. Pasad por la cocina y prepararos comida. Lavad antes las ollas con agua caliente.

—¿Por qué?—preguntó aún receloso Quimper.

—Por si hubieran quedado en ellas briznas de las hierbas qué los dos aztecas echaron con la comida. Y después, una pinta de vino os repondrá del todo. Cuando estéis saciados venid aquí mismo y os designaré los lugares que ocuparéis.

Un cuarto de hora después Bart designaba a cada uno de los quince corsarios las culatas de varias culebrinas.

—A tres por cañón. Si vuestros compañeros han de venir no quiero que sea con malas Intenciones.

Garce no había pronunciado ninguna palabra aparte de las que

dijo cuándo Bart le preguntó por qué había dejado solo a Gars. Subió ahora al puente de mando, cuando vió que los quince corsarios se repartían tras las culatas de cinco cañones.

—¿Por qué les has ordenado eso?

—A bordo soy yo quien manda mientras dura la locura de mi jefe—dijo secamente el bretón—. Por ser tú su hermana no te he matado, pero no vayas a creer que estoy obligado a darte explicaciones.

—Te las pido, no te las exijo—dijo ella también secamente.

—Podrían los restantes corsarios confabularse para apoderarse de la carabela y huir de estos parajes, intentando venderla a antillanos. No creo que lo hagan, porque sería declararse fuera de la ley francesa. Pero prevenir es mejor que curar.

—Les has dicho que Gars sufre de insolación.

—Sí. Es una enfermedad que aboba el semblante y así no les extrañará ver el nuevo aspecto de mi jefe. Y le respetarán y de nuevo volverán a temerle como antes... Ahí vienen.

Sobre una balsa construida chapuceramente con troncos, ramas y lianas, una veintena de corsarios remaba con leños planos hacia la carabela. Otra treintena en la playa se disponía a botar una balsa semejante.

Subieron a bordo cabizbajos, ocupando maquinalmente sus puestos de combate, en postura de firme, cuadrados.

—A vuestros puestos los de la guardia gritó Bart desde el puente de mando.

Disciplinadamente, Quimper y nueve corsarios fueron a ocupar distintos lugares del acceso a la sala capitana. Velaban por la integridad física del Jefe de la nave, en evitación de posibles ataques por parte de la propia tripulación.

Y ninguno de los cincuenta corsarios manifestó la menor señal de protesta. Reconocían que de nuevo imperaba la severa disciplina que caracterizaba la nave mandada por Gars “El Albino”.

Los contramaestres volvieron a colgar de sus cuellos las cadenas de los silbatos y esgrimieron en su diestra el “gato de siete colas”.

El crepúsculo difuminaba los contornos del día y el sol empezaba a ocultarse tras las lejanas lomas, cuando a bordo de la carabela, formados en grupos ordenados con sus contramaestres a la cabeza, estaban en postura de firmes los doscientos corsarios

supervivientes de la carabela “Vengeance”.

—¡En posición de reposo! — gritó Jan Bart desde el puente de mando.

Obedecieron simultáneamente los corsarios, enlazando sus manos ante el cuerpo y avanzando una pierna, descansando sobre el tacón de la otra.

—Voy en busca del jefe. Sufre un pasajero ataque de insolación. Quizás no os hable. Pero apenas aparezca sobre el puente, los contramaestres daréis como siempre la orden de firmes y atención.

Jan Bart dirigióse hacia la sala capitana. En la puerta del camarote cerrado le aguardaba Garce.

—¿No será imprudente que ellos vean...?—empezó a decir Garce.

—Ten la lengua. Hablas demasiado —advirtió secamente Jan Bart.

Gars “El Albino” se incorporó sobre un codo al ver entrar a Jan Bart. Pasóse una mano por la frente, como si intentara disipar las nieblas que anidaban en su cerebro.

—Escúchame, jefe—imploró ansioso Jan Bart—. Tienes ya a tus órdenes los doscientos corsarios que quedan. Aguardan que les hables. Tú eres el jefe... nuestro jefe.

Gars “El Albino” se levantó. Miró vacilante su bicornio y se lo encasquetó. Dios unos pasos para desperezar sus largas piernas musculosas.

—Te conozco, bretón —balbuceó—. Te llamas Jan Bart.

—Sí, jefe. Soy tu lugarteniente. Y la carabela vuelve a estar tripulada por tus hombres. Vamos al puente de mando. Ven.

—¿Dónde?

—Ven conmigo. Verás.

Cuando en el puente de mando no perfilaron las dos figuras de Gars “El Albino” y Jan Bart, los contramaestres soplaron vigorosamente en sus silbatos. Oyóse un solo taconazo, y Ion doscientos hombres quedaron Inmóviles, firmes, cabezas erguidas, mirando reglamentariamente un punto fijo por encima de las cabezas de los dos jefes corsarios de la nave.

Ansiosamente, el bretón examinó el rostro de Gars "El Albino”. Le sacudió un remalazo de esperanza y alegría al ver que las mandíbulas del albino se crispaban al oír los agudos silbatos. Gars

irguió por un momento la cabeza, serio el semblante…

Pero se desvaneció la esperanza de Jan Bart cuando vió cómo, después de mirar despaciosamente a los doscientos hombres reunidos en cubierta, Gars “El Albino” destocábase el bicornio y riendo infantilmente, balbuceaba incoherentemente. Asió del brazo a su jefe, murmurando:

—Vamos a tu camarote, jefe. Has de comer.

Dócilmente el loco siguió al bretón y cuando Bart dejó al albino encerrado en su camarote, volvió corriendo a encaramarse al puente de mando.

—¡En posición de reposo!—gritó—. Vuestro jefe está aún bajo los efectos de la insolación. Le cuesta hablar pero me ha dicho que os perdona y que nadie sabrá en Francia que desertasteis. Sois de nuevo los corsarios de Gars “El Albino”. Y os trasmitiré las órdenes que él me de. No nos haremos a la mar aun. La misión que tenemos es apoderarnos del Pirata Negro para llevarlo vivo o muerto a tierra francesa.

Capítulo III

Las primeras escaramuzas

Carlos Lezama aprovechaba las últimas luces del crepúsculo para cenar a solas en la playa. Allí aguardaba también los informes de Juanón, el pirata de rostro rubicundo y angelical, que él había dejado a la espía de cuantos movimientos y novedades ocurrieran en la anclada carabela.

Secábase los labios con el dorso de su antebrazo, cuando disparada como una saeta surcó los aires una sombra felina.

“Satán”, que había elegido la copa de una palmera para sestear sin perder de vista a su amo, venía ahora en busca de su comida.

Y el excéntrico carácter de Carlos Lezama se revelaba en la forma peculiar de que se servía para alimentar al leopardo. Con el puñal cortó grandes pedazos de una pierna de carnero y la sangrienta carne cruda iba siendo depositada en una amplia bandeja de oro en cuyos bordes estaban incrustadas valiosas gemas.

“Satán” gruñía sordamente; era quizás aquél el instante en que más ruda prueba sufría el dominado instinto de la bestia.

Las fauces abiertas mostraban los recios colmillos; los ojos eran dos llamas incandescentes; y las cortas orejas echadas hacia atrás conferían al leopardo todo el aspecto de cualquier hermano suyo libre en la selva. Roncos estertores de amenaza salían de su garganta para demostrar su impaciencia.

Carlos Lezama depositó la bandeja en el suelo a sus pies; el animal lanzóse sobre la carne despedazándola en varios zarpazos y echándola fuera de la bandeja alejóse de las botas del Pirata Negro.

—Comer en fuente de oro recamada es lujo que nunca podré enseñarte a respetar. Pero no cometeré la torpeza de forzarte a ello. En el intento imprudente uno de los dos quedaría sin vida, “Satán”

y ya me he encariñado contigo. Aunque la comparación sea basta, en tu yantar está la explicación del porque Gars “El Albino” o yo hemos de morir. Quitóme mi alimento espiritual, “Satán”; fué el culpable de que la única mujer a la cual he amado, partiera para siempre hacia un mundo mejor donde el cerebro reposa, deja de agitarse y no atormenta ya a quien lo posee.

“Satán” desgarraba la carne que sostenía entre sus dos zarpas delanteras; no cesaba de proferir voraces gruñidos y sus bigotes erizados estaban tintos de sangre. De vez en cuando levantábase y con cauteloso andar de fiera dispuesta a luchar a muerte si el ser que se hallaba sentado le impedía alcanzar la sabrosa presa sangrienta, acercábase a la bandeja, avanzaba prestamente una zarpa, sin dejar de vigilar con las pupilas veladas por el furor hambriento al hombre sentado, y retirábase unos pasos para, echándose, seguir devorando.

—Eres un bello espectáculo, “Satán”, pese a tu grosera forma de comer. Nunca podré presentarte en corte alguna; escandalizarías a las remilgadas damitas. Cuando quedes saciado del manjar que te pertenece, beberás el rico hidromiel que tiene la doble ventaja de calmar tu sed y a la vez hacerte olvidar el sabor de la carne cruda.

Comprenderás que quiero que mi sueño sea tranquilo dada la costumbre que tienes de empeñarte en dormir bajo mi hamaca.

El vino, la miel, la leche y la pimienta se mezclaron dosificados por Carlos Lezama en una honda ponchera de oro. Con movimientos más tardos y perezosos, el leopardo acercóse a la ponchera. Su instinto estaba ya alertado de que “aquello” no podía llevárselo; dos veces que lo había intentado habíase derramado el dulzón y a la vez picante líquido y aunque prodigando los rápidos lametones en el suelo, en su estómago había entrado escasa cantidad.

Arqueado el potente lomo hundió la testa en la ponchera y poco después lamía complacido el fondo del hondo recipiente. Cuando levantó la cabeza en sus pupilas había desaparecido la opaca nube sanguinolenta. Relamíase las fauces y sentándose sobre sus cuartos traseros, procedió como un gato gigantesco a limpiarse los belfos con una zarpa.

—¡Avante, Juanón! — gritó riendo Carlos Lezama—. Comió ya mi gato y bien sabes que no le gusta la carne de cerdo. No veo,

pues, qué es lo que temes.



Cuando disparada como una saeta...

En el semicírculo de palmeras, un pirata gordinflón, de coloradas mejillas y rostro inocente, estaba indeciso. No podía acostumbrarse a aquel “gato” contra el cual no se podía disparar. Avanzó describiendo un arco, por el lado opuesto al que el animal

estaba procediendo a su limpieza y quitóse el gorro de lana al estar junto al Pirata Negro.

—¿Qué nuevas traes, Juanón? ¿Mi amigo Gars “El Albino” ha despejado ya las nubes que invaden su razón? Dime.

—La carabela parece un buque de guerra, señor. “Talmente” un galeón de infantes españoles. Han ido todos abandonando la selva y subiendo a bordo. Allí estuvieron largo rato formados en varias hileras, y había unos que soplaban en silbatos y los hombres poníanse tiesos como si acabasen de tragar un escobón. Después otro silbato y poníanse flojos como calcetín en pie colgado de los dedos.

—Acabo de comer, bribón. No me hables de tus calcetines. ¿Y el?

—El rostro blanco sin pestañas ni cejas subió al puente de mando, que fué cuando se pusieron tiesos, sin parpadear. Le acompañaba el que bajó a tierra a recoger a los otros dicién

doles cosas que no comprendí, porque no conozco el afrancesado.

—¿Habló Gars "El Albino”?

—No, señor. CoIocóse sobre los belfos... digo, sobre los labios, el bicornio. No dijo ni media, y el otro lo asió del brazo y se lo llevó.

—Mala nueva. Un jefe del templo de Gars debe sentirse sacudido a la vista de su renovada tripulación. Por cierto, Juanón, ¿cuándo ocurrió lo que citas?

—Escasamente una hora, señor.

—Ganas me entran de darte como postre a mi gato, fementido embustero. Dista aquello treinta leguas y tus patas son cortas y rechonchas. ¿Naciéronte alas en los pies?

—Cacé un onagro, señor. ¿No ves mis ropas desgarradas?

Rió el Pirata Negro unos instantes, palmoteando después el hombro del espía.

—Buena pareja formaréis. Un asno silvestre es montura digna de ti y pronto lo domesticarás. Oreo hasta que lograrás que té llame hermano. ¿Cómo lo ensillaste?

—Dile primero una pedrada a corta distancia y lo dejé tambaleante. Le monté cerrándole el hocico con mi cinto anudado. Pero lo que más faena me costó, señor, fué hacerle ir por donde yo quería y no por donde él quería llevarme.

—Y ganó el más terco de los dos asnos. Yanta, Juanón y regresa a tu sitio. Mal me equivocaré si Jan Bart con doscientos corsarios no intentará cumplir la misión que su jefe traía.

Alejóse Juanón hacia la lancha que a bordo debía llevarle; el Pirata Negro extendió los brazos, desperezándose.

—Comida reposada, cena paseada, dicen los cirujanos. Un paseo voy a darme, "Satán", y no podré llevarte, porque la noche encandila tus pupilas y enciende en tu garganta lamentos de llamada que son quizás morriña de la vida de la selva de la que te aparte.

Levantóse el Pirata Negro, cogió del banco una larga cadena de recios eslabones rematada en un ancho collar de cuero trenzado con hierro.

"Satán" permitió encerrar su cuello en la faja irrompible y arrastrando tras él la cadena siguió a su dueño. Instantes después el extremo libre de la cadena quedaba sólidamente trabado en el torniquete de hierro alrededor de un tronco de palmera.

—Duerme, "Satán". Sueña con el hidromiel y olvida la carne roja.

Alejóse Carlos Lezama en dirección a la playa, donde en su lancha capitana aguardaba un hercúleo negro: Tichli, el piloto cubano sordomudo.

Entró el Pirata Negro en la lancha y el sordomudo miróle en espera de las órdenes.

—No rondaremos la luna, Tichli. Esta noche tengo hambre de carne roja. Rema avante costeando—y el Pirata Negro tendió el brazo rectamente hacia la costa baja, al sur del velero.

La noche tendía ya sus primeras negruras; en el cielo tachonado de estrellas titilantes la bonachona faz de la luna sonreía amistosa.

—Treinta leguas por tierra nos separan de la carabela. No remes como si llevaras acunados a pareja de amantes por un canal veneciano. Hunde y tiende los músculos todo a lo largo, charlatán.

El Pirata Negro simuló con los brazos un poderoso remar. La lancha aumentó de velocidad surcando con rapidez la aquietada superficie del agua.

—¿Sabes lo qué son los corsarios, mi buen Tichli? No me contestes tan deprisa que no te entiendo. Los corsarios, copo de nieve, son piratas hipócritas. Pillan, saquean, incendian, violan,

matan, pero hacen todas esas lindezas con autorización real. Son, pues, doblemente de odiar, porque al menos los otros piratas que yo conozco, si bien hacen lo mismo, exponen sus cuellos a lazo ceñidor y sin merced. Y disponen de menos medios. Tan execrables son como otros, pero quizás menos indignos son mis hermanos de la Costa, los cofrades piratas antillanos.

El Pirata Negro miró unos instantes hacia la luna.

—Ella sabe que yo no soy pirata más que por el pabellón que luce mi velero, y por mi vestidura. Pero tiempo no es de buscarme paliativos.

Acodóse Carlos Lezama contra el respaldo de proa, y dejó vagar sus pensamientos. Su infancia vagabunda, privada de cariño, desconociendo quienes le habían dado el ser. Más tarde su escuela de esgrima, y por fin la cruenta Injusticia que le había lanzado al mar ostentando el pabellón de hombre reacio a toda ley y a todo dominio.

Pasó hora y media y el Pirata Negro colocó su diestra en el pecho de ébano. Lon Remos manejados por el negro se izaron en el aire goteando y la lancha, aprovechando el último impulso, se deslizó para inmovilizarse, bandeando blandamente detenida en la noche.

—Tras aquel promontorio, según los cedros decrecen, ocúltase la carabela, Tichli. No te ordeno que guardes silencio porque sé que me obedecerás— susurró el Pirata Negro.

Con las manos ante el rostro del sordomudo hizo el ademán de avanzar hacia la playa y a la vez colocóse un índice sobre los labios mientras que el otro índice tocándose alternativamente la oreja y señalando el lejano promontorio distante media milla, indicaba remar sin ruido.

Tichli no levantó siquiera espuma al entrar ambos remos con experta cautela en el agua; la lancha siguió avanzando hacia la playa.

Instantes después el Pirata Negro tras hacer la señal que significaba aguardar allí, internóse en la selva. Era su intención la de siempre: exponerse al peligro, sentir en sus venas la sangre acelerarse. Aunque para excusarse a sí mismo de sus imprudencias, revestía siempre sus solitarias expediciones arriesgadas con móviles más o menos fundamentados.

Y ahora decíase que si iba solo rondando por un paraje donde se encontraban doscientos corsarios cuya misión era apoderarse de él, lo hacia para averiguar si realmente no se había equivocado Juanón, y su venganza debía retrasarse.

Porque si bien se resecaba su garganta cada vez que pensaba en Gars “El Albino” y comprendía que a veces un hombre puede matar con la misma fiereza y necesaria violencia con la que “Satán” comía, tampoco era venganza matar a un hombre privado de juicio.

En la densa negrura de los arcos que formaban los altos cedros endoselados por lianas altas entrelazadas, los pies del Pirata Negro tropezaron con algo blando y tendido a lo largo del camino abierto en la hierba por pisadas de fieras.

Inclinóse y vió el cadáver de un corsario. Mantenía contra su pecho agarrotada la misma mano con la que se había apuñalado. Veíase que no había querido aguardar la muerte en medio de convulsiones horrendas, como era la muerte por viruela negra...

Vestía la ropa de rayadillo, blanca a listas azules, y tras su nuca había caído el ancho sombrero de copa baja con las dos cintas blanca y roja de la marina corsaria francesa.

Sonriendo en la obscuridad, Carlos Lezama fué despojando al cadáver de sus ropas. Instantes después un cadáver yacía desnudo, y sobre sus propias ropas el Pirata Negro vestía la holgada tela corsaria.

Fué avanzando ya con menos cautela, aunque sin abandonar del todo las precauciones. Pronto sus ojos acostumbrados a la obscuridad percibieron a lo lejos la sombría masa de la carabela; lucía sólo una linterna a popa, y aún velada por un lienzo.

Para la experiencia del Pirata Negro aquello significaba pues que en tierra había puestos de escucha y centinelas-espías desparramados. Porque la nave que se oculta permanece siempre en sombras totales. La linterna de popa que no era más que un punto rojizo, servía de referencia para los relevos de las fuerzas de tierra.

Unas sombras agazapadas fueron las primeras que demostraron al Pirata Negro que no sólo estaba en lo cierto, sino que un vasto cordón de vigilancia abríase en tierra a modo de perímetro protector de la carabela.

Y aquellas tres sombras serían el puesto avanzado de escuchas.

Tendióse el Pirata Negro al suelo y fué avanzando a modo de

enorme reptil silencioso. Apoyábase en los codos y sólo con ellos y la punta de sus botas acortaba la distancia que le separaba de los tres escuchas. Sirvióle de protección y escondrijo a la vista de los tres corsarios el ancho tronco de un cedro. Aguardó. Pasaron más de cinco minutos.

—¿Crees que es cierto eso de la insolación de Gars?—preguntó una de las tres sombras.

—¡Calla! Si te pesca el contramaestre hablando...

—Lo veremos venir. Además, ¿a qué tantas precauciones? ¿Quién se atreverá a rondar por aquí? Fieras hay en la selva y aquí sumamos doscientos. Podemos hablar sin temor.

—Pero atentos a las pisadas del contramaestre. Pues yo sí creo en un golpe de sol. Arde mucho de día y Gars no anda nunca sin su bicornio. Seguramente el día del pánico a bordo estaría varias horas en cubierta sin su cubrecabezas y le dió este traidor sol antillano.

—Más prefiero que siga sin aparecer, porque Jan Bart vale más como Jefe que Gars.

—Hablas así, por bretón. Pero Gars como yo es picardo, y donde hay un picardo valiente huyen diez bretones arrodillándose de tanto en tanto para rezar.

—En Bretaña empleamos a los picardos para ordeñar.

—¡Ordéñame esta!—exclamó la voz del picardo.

En la penumbra vióse relucir una hoja acerada abatiéndose con feroz impulso. Oyóse un grito de furor, una invocación a Santa Ana y otra hoja relució, destellando velozmente. Una garganta gimió roncamente...

—¡Malditos seáis!—rugió el tercero que hasta entonces no había hablado. —Matandóos como... como imbéciles? ¡Contramaestre! ¡No huyas, bretón, que no quiero yo cargar con las culpas!

Un violento forcejeo se trabó en las sombras; dos cuerpos abrazados rodaron por el suelo. Uno de ellos emitía estridentes silbidos do alarma.

En la playa se encendieron antorchas; como fuegos fatuos fueron propagándose los halos de luz que oscilando a impulsos de las sacudidas que les imprimían sus portadores al correr fueron acercándose a los dos que peleaban a brazo partido.

Llegaron primero cinco corsarios y un contramaestre. La luz era ya intensa.

El látigo de “siete colas” del contramaestre señaló en el suelo el cadáver de un corsario, de cuya yugular seccionada manaba abundantemente la sangre.

—¿Quién fué de vosotros dos? No digáis que alguien os atacó...

Los dos corsarios peleones, separados ya,y mantenidos en pie por otros dos, resoplabun jadeantes.

—Este... este bretón mató al picardo, contramaestre.

—¡Mientes! ¡Fuiste tú!

—¡Juro que yo no...

El látigo del contramaestre restalló amenazador.

—¡Callad! A bordo lo aclarará Jan Bart. ¡En marcha! Sujetadlos bien.

La caravana se puso en camino. La fugaz alarma no había permitido contar cuantos corsarios acudieron al lugar de la pelea; si fueron una cincuentena, ahora habían aumentado de uno más al regresar en la gran lancha de servicio a bordo.

Con el sombrero corsario sombreando el destello burlón de sus ojos negros, el Pirata Negro meditaba que a “rey muerto, rey puesto”. Y ya que un cadáver estaba echado en el fondo de la lancha, lógico era que un vivo le substituyera.

También pasó por su imaginación que debía haberse marchado tan pronto supo por la boca de los que luego iban a pelear a muerte que Gars seguía sufriendo de "Insolación”, puesto que el pretexto que n sí mismo se había dado para emprender aquella incursión en terreno enemigo era el de averigur si Gars seguía o no loco.

Poro aumentó el destello burlón de sus ojos cuando se encaramaba como un corsario más por la escala del costado de la carabela. ¿Qué valía su vida si no se arriesgaba continuamente?..

Capítulo IV

Justicia corsaria y la lección de Eva

Todos los corsarios siguieron tras el contramaestre, a cuyo lado iba otro corsario portando sobre el hombro el cadáver del picardo.

Descendieron al entrepuente y entraron en la vasta sala de alojamiento de la tripulación, donde las lucarnas, cerradas y cubiertas con lienzos tupidos que impedían a la luz salir afuera, permitían mantener la gran sala bien iluminada.

Todos los corsarios formaron en tres hileras de a fondo al entrar en la sala Jan Bart y Garce. Uno de los corsarios de la primera fila llevaba el sombrero echado sobre los ojos...

Jan Bart contempló despaciosamente a los dos corsarios atados en el poste central de la sala.

—Me dice el contramaestre que uno de vosotros ha matado al picardo...

Y que pusisteis la nave en peligro peleando y sembrando una alarma injustificada. Habla tú primero, Robert.

—El picardo dijo que los bretones huían siempre ante los picardos» Ivón replicó que en Bretaña los picardos servían para ordeñar. Y reconozco que fué el picardo quien primero sacó el puñal. Ivón consiguió hurtar el cuerpo y, sacando su cuchillo, le cortó el cuello al picardo. Yo, para impedir que huyera Ivón, le retuve. Te digo la verdad, Jan.

Jan Bart, con el revés de la mano, propinó en el rostro del que acababa de hablar una manotada tan violenta, que la cabeza de Robert, chocando contra el poste, sonó huecamente. Perdido el sentido, Robert quedó colgante, baja la cabeza sobre el pecho, mientras de sus labios partidos destilaba la sangre.

—La orden de los escuchas es guardar silencio, Robert—dijo

fríamente el lugarteniente bretón hablando al desvanecido.

Acercóse ahora a su paisano Ivón.

—Habla tú, Ivón.

—¡Miente ése como mujerzuela de puerto!—gritó el bretón—. Pasó muy distinto a lo que él dice. Fué el quien mató al picardo, y yó peleé con Robert para impedir que huyera. Esa es la verdad, Jan; los bretones no mentimos, tú lo sabes.

Jan Bart dió media vuelta sobre sus tacones, encarándose con las tres hileras de corsarios.

—¿Alguno de vosotros presenció la pelea? Hable quien lo viera.

Aguardó unos instantes, pero nadie de las tres filas se movió.

Jan Bart enfrentóse de nuevo con su paisano. Se persignó, besando devotamente su pulgar y su índice en cruz.

—Repite lo que voy a decirte, Ivón Repítelo a la par que yo lo digo.

Y lentamente empezó a hablar Jan Bart:

—Por Santa Ana juro...

—Por Santa Ana juro... repitió Ivón con mirada atemorizada.

—...que no fui yo...

—...que no fui yo...

—...quien dió muerte al picardo

—...quien... quien... ¡No puedo, Jann, no puedo!—gritó Ivón—. No mezcles a nuestra patrona en peleas de hombres.

—Ella es santa y nos perdonará si los azares de la vida nos hicieron matar. No invoques en vano su nombre, Ivón. Termina el juramento, y creeré en ti. Del infierno podrás salvarle gracias a Santa Ana si al morir invocas su nombre, pero nunca tendrás salvación ni reposo si perjuras.

Ivón abatió la cabeza y enmudeció. Bruscamente, de un manotazo, Jan Bart levantó la cabeza gacha de Ivón.

—¿Mataste, pues, al picardo?

—Te insultó, jefe, y yo no pude conte...

Los labios de Ivón restallaron bajo la brutal bestialidad de otro manotazo de revés del hercúleo bretón. La dura cabeza de Ivón chocó contra el poste, pero no perdió el sentido, aunque sus labios sangraron.

—El único jefe a bordo es Gars. Quien lo olvide será fustigado veinte veces. ¡Contramaestre!... Reanima a Robert, y aguardad

todos mi regreso. Voy a tomar las órdenes de Gars. Él decidirá lo que hacemos con estos dos rebeldes.

Jan Bnrt salió de la sala seguido por Garce. Al desaparecer ellos, un murmullo de comentario se elevó, prontamente acallado por los látigos de los contramaestres.

Jan Bart entró en el gabinete donde Gars jugueteaba ahora con los flecos de su faja. Cuadróse el bretón ante el albino.

—Dos rebeldes, jefe. Hallaron estando de escucha. Uno mató al oompañero que le atacó a traición.

—Corta la lengua del que habló y cuelga al que mató—dijo rápidamente Gars “El Albino”.

Los límpidos ojos azules de Jan Bart se empañaron de repentinas lágrimas. Era tal su devoto afecto por su jefe, que, creyendo en un retorno a la cordura de Gars “El Albino”, sintió estremecerse sus manos de frenética alegría,

—¡Eres tú, jefe! ¡Tú quien vuelve a mandar la “Vengeance”!

Pero aquél había sido un simple gesto reflejo del albino. Miró con el labio inferior colgante a su lugarteniente y balbució:

—Vete, bretón... Viruela... Todos huyeron como ratas...

—¡Pero... si están todos a bordo, Gars!—gritó Garce.

—¿Quién... quién es esa mujer? Me importuna siempre, bretón. Llévatela.

Jan Bart se encogió de hombros con gesto desolado. salió del camarote seguido por Garce.

—¡Ordena posición de atentos a mi voz, contramaestre primero! —dijo Jan Bart al entrar en la vasta sala.

Las tres hileras de corsarios se rigidizaron al sonar el agudo toque de silbato. Jan Bart quitóse el tricornio, colocándolo bajo su sobaco.

—Órdenes de Gars, nuestro jefe— dijo con voz clara y resonante —. Ivón Kergaz, por rebeldía y muerte de un compañero, será inmediatamente suspendido por el cuello de la verga mayor. Robert “Le Poisson”, por incumplir las consignas de silencio, será amputado de lengua para que nunca más falte a las consignas que se le dan. Es justicia corsaria inapelable. Puedes rezar, Ivón. Y tú puedes hablar por vez postrera, Robert.

Robert “Le Poisson” miró con rencor al que con tanta frialdad ordenaba que le fuera cortada la lengua. Tras lanzar dos horrendas

blasfemias que se mezclaron a las letanías devotas de Ivón, miró hacia donde se encontraba Garce.

—¡Óyeme tú, mujer! Hermana eres de Gars. Que él sepa lo que a bordo se trama mintió, con la esperanza de lograr enemistar a Jan Bart con Gars—. Ivón mató al picardo, sí, lo mató. Pero fué porque Ivón afirmó que Jim Bart era mejor jefe que Gars y que pronto Jan Bart mataría al albino, a tu hermano, para ser el único jefe. Quedas avisada, albina. El lugarteniente de tu hermano prepara una conspiración para apoderarse de la carabela. Por eso ha influido para que tu hermano me corte la lengua: para lograr que yo enmudezca para siempre.

Y Robert "Le Poisson", tras verter su calumnia, quedóse jadeando, brillantes los ojos de rencorosa satisfacción.

—¿Has terminado de hablar, Robert?—preguntó fríamente Jan Bart.

—¡Sí, traidor! ¡Judas que quieres matar a Gars! ¡Traidor!

—Habéis oído que por dos veces ese hombre me ha llamado traidor, sin verdad ni razón fundamentada. Ahora todos sois testigos de que le he dejado hablar, y también sois testigos de que Ivón ha preferido la muerte a perjurar. Presenciad el nuevo juicio. Ivón, rezarás después, cuando el verdugo rodee tu cuello con el cáñamo que te mereces. Puedes mentir, si quieres, ya que decir la verdad no te evitará el ser ahorcado, ni yo intercederé por ti. Faltaste a la ley de a bordo y debes morir. ¿Juras por Santa Ana decir verdad?

—He de morir, y no quiero hablar— dijo torvamente el bretón.

—Eres de Armor, Ivón. Tierra de hombres veraces. ¿Permitirás que Santa Ana te vea dejar en mala postura a un bretón? Has oído como por última vez Robert "Le Poisson" ha empleado su lengua de mujerzuela para acusarme de traición y conspiración contra nuestro jefe Gars. ¿Es cierto que tú dijiste lo que Robert "Le Poisson" afirma?

El bretón condenado a muerte no despegó los labios. Jan Bart acercóse más a él y le escupió al rostro.

—¡Te reniego, Ivón! Cuando a Bretaña llegue le diré a tu madre que no supiste morir como un bretón, y, aunque ella rezará por ti, llorará siempre, hasta que sus ojos se sequen, por el hijo que fué un cobarde.

Ivón tensó los músculos de su cuello. Al fin habló:

—Juro por Santa Ana que Robert “Le Poisson” miente en parte. Yo dije que a mí me parecía Jan Bart mejor jefe que Gars, y nada más. Era mi pensamiento, y siempre lo ha sido. Pero ni a bordo hay traición, ni hay conspiración. Eso son invenciones de ese maldito Robert, cuya alma el diablo se lleve para siempre.

Jan Bart volvióse para encararse con las tres hileras de corsarios.

—Habéis oído. Los que crean en las palabras de Ivón que se queden en su sitio. Los que piensen que yo pueda ser capaz de traición, que avancen un paso y me someto a su juicio.

Aguardó Jan Bart dos largos minutos. Nadie se movió en las hileras. Enfrentóse de nuevo Jan Bart con Ivón.

—Tu madre sabrá por mis labios cómo debiste morir, Ivón. No le diré quo te colgaron de la verga mayor de la “Vengeance”, sino que caíste en combate como el bravo bretón que eres. Que Santa Ana interceda por ti. ¡Subidlo a bordo y colgadlo!

Tres corsarios desataron a Ivón, llevándoselo. Jan Bart se persignó, y durante unos instantes sus labios susurraron una plegaria. Al fin, tocóse de nuevo con el tricornio y se acercó a Robert.

—Las tenazas — ordenó lacónicamente.

Robert “Le Poisson” empezó a blasfemar, alternando sus imprecaciones con renovadas acusaciones de traición contra Jan Bart.

En la primera fila de corsarios el Pirata Negro había visto como Garce, apenas los que se llevaban a Ivón salían de la sala, corría tras ellos.

Y ahora regresaba de nuevo, con una sonrisa de maligna complacencia en el rostro, situándose junto a Jan Bart.

Un contramaestre, blandiendo unas tenazas, apresó el extremo de la lengua de Robert “Le Poisson”, tirando salvajemente de ella.

Jan Bart desenfundó su puñal, e iba a cortar de un tajo la lengua del “indisciplinado”, cuando la mano de Garce, aplicándose fuertemente sobre su brazo, le detuvo el ademán. Extrañado, Jan Bart miró hacia la albina. —¿Qué haces, Garce?

Impedir que te salgas con la tuya. Ante todos los reunidos pido un secundo juicio. Pido tortura para el bretón antes de ser colgado, y que confiese que mintió al asegurar que tú Jan Bart, no pretendes traicionar a mi hermano aprovechando su pasajera insolación.

Jan Bart tornóse lívido; sus dientes castañetearon y la mano que sostenía el puñal se crispó. Hincháronse las venas de su frente.

—Una vez te dije ya, mujer, que por hermana de Gars no te mataba. Por lo mismo sigues viviendo ahora. Pero soy el que, mientras tu hermano sigue enfermo, manda a bordo. Y nunca en nave corsaria mujeres ordenaron.

—¡Prueba de su traición!—exclamó Garce volviéndose iracunda hacia los corsarios testigos de la escena—. Cortando la lengua de Robert y colgando a Ivón, quedará él tranquilo para poder continuar sus planes.

—Ignoro cuál es el motivo de tu odio contra mí, mujer. Pero, repito, cállate, que a bordo sóIo manda Gars y después yo.

Con feroz tajo Jan Bart cortó la lengua de Robert “Le Poisson”. Con el tacón de la bota pisó el sangriento pedazo mutilado.

—Lo mismo haría con la tuya, mujer, si no fueras hermana de nuestro jefe. ¿Alguien cree las palabras de esta víbora?

Y Jan Bart volvióse hacia los corsarios.

—No temáis, hombres de la “Vengeance”. Me conocéis, y yo soy y he sido siempre el primero en acatar la justicia. ¿Me creéis culpable de lo que esta... mujer dice? Un paso avante los que en ella crean—. Aguardó unos instantes. —Bien, nadie se ha movido, porque todos sabéis que yo juré fidelidad a Gars, y basta mi palabra. ¡Romped filas! ¡A cubierta! Formados de a cuatro, y destocados, estáis obligados a presenciar los últimos pataleos del rebelde Ivón Kergaz.

Desfilaron los corsarios, y, al quedarse solos Jan Bart y Garce, ésta murmuró en voz baja, henchida de rencor:

—Cunado Gars sane, le contaré todo eso. Y él hará justicia.

—No lo hagas nunca, mujer.

—¿Me amenazas?

—No. Quiero evitar que tu propio hermano te mate por falsa y sembradora de insidoas.

—¿Dará él más fe a tus palabras que a las mías?

—No lo dudes siquiera un instante.

Y fué tal el acento de convicción que Jan Bart imprimió a su afirmación, que en los rojizos ojos de Garce “La Albina” se encendió con más ardor la luz de odio.

En cubierta, Ivón Kergaz colgaba de la verga mayor, inmóvil ya

para siempre. Los corsarios rompieron de nuevo filas y en grupos se repartieron por cubierta, unos tendiéndose, otros desfilando a ocupar sus puestos de servido. .

—¡Montad de nuevo los puestos a tierra!— ordenó Jim Bart.

Garce aproximóse a varios corsarios.

Quiero ir a tierra. Tres de vosotros para acompañarme.

Despectivamente los corsarios le volvieron la espalda. Uno rezongó:

—Las mujeres mandan en los chiquillos...

Solo uno de los corsarios avanzó un paso en la penumbra.

—A tus órdenes, Garce—murmuró en voz baja y ronca—. Remaré y te daré guardia.

—¡Vamos! —dijo ella secamente—. ¿Llevas pistola?

—Llevo.

—Bien. Arría la lancha capitana.

Jan Bart tocó en el hombro al corsario que se disponía a arriar la lancha capitana.

—¡Imbécil! ¿Quieres seguir con las espaldas enteras? Quita las manos de los cabos de la lancha capitana.

—¿No puedo ir a tierra si se me antoja? — preguntó Garce, iracunda, acercando su rostro al de Bart, tan aproximados que se confundieron los dos alientos.

—Puedes ir a tierra, pero no en la lancha capitana. Vete enhoramala donde quieras, pero en lancha común corsaria. Arría aquella lancha, muchacho, ya que te brindaste a acompañarla.

El corsario obedeció y poco después remaba hacia la playa. En la proa, erguida como una víbora enhiesta sobre su cola, Garce ostentaba sus rasgos distendidos por el más feroz de los sentimientos.

—¿Eres bretón?—preguntó Garce a la sombra que remaba.

—No. Ni quisiera serlo.

—¡Ah! ¿Quizá por esto te ofreciste para acompañarme

—Quizá.

—Dame tu pistola. No me gusta andar por allí entre esa gentuza.

—¿Por qué, pues, bajas a tierra?

—¿Quién eres tú para interrogarme, insolente? Dame la pistola.

—Toma. Comprende que no podía remar y a la vez obedecerte.

—Muy charlatán me pareces. Y tu voz es aguardentosa. ¿Eres,

acaso, un borrachín?

—No he bebido más que el vino de la cena.

Garce introdujo en su cinto de negro terciopelo la pistola que acababa de serle entregada. Meditaba, y sus pensamientos nada tenían de agradables para el bretón llamado Jan Bart.

Al llegar a tierra aceptó la mano del corsario para descender.

—Acompáñame. Quiero estar a solas en la selva, para poder pensar mejor y… también para interrogarte a ti que no eres bretón, lejos de los oídos que a bordo tiene distribuidos a la espía Jan Bart.

Garce fué andando, seguida a tres pasos de distancia por el corsario. Encontraron varios puestos de escuchas, y pronto, internados entre la vegetación, los dejaron atrás.

En un espacio circular donde la luna no tenía quo vencer la tupida cortina de lianas, sentóse ella recostandosé contra un matorral. El corsario se detuvo unos más allá, en pie.

Los plateados resplandores de la luna acentuaban la blancura fantasmal de los rasgos de la albina.

—¿Sabes hacer antorcha de ramas secas?—preguntó al corsario.

—Sé. Pero no puedo complacerle. Las órdenes son que ninguna luz advierta nuestra presencia a posibles piratas que rondan por las cercanías. Además, ¿para qué quieres luz? Ahuyentará tus pensamientos. ¿No te basta la lunar caricia que embellece tu rostro?

—¡Charlatán insolente! ¡Soy la hermana de Gars!

—La luna no lo sabe y por eso te acaricia.

—¡Apártate! Y a bordo te haré azotar por… por decirme cosas que no son propias de tu mísero rango.

El corsario dió media vuelta, desapareciendo tras un matorral, Garce olvidó totalmente a Jan Bart. Era la vez primera que alguien le decía que era bella, y en su alma insensible brotaba una extraña sensación. Siempre los hombres la habían mirado con temor y a veces con asco. Maquinalmente arregló su escote y alisó sus blancos cabellos.

Sólo había habido dos hombres que la habían hablado en forma distinta a todos los demás. Uno era aquel corsario extraño que habíase ocultado obedeciendo a su orden, y otro… era aquel odiado Pirata Negro que era el responsable de la locura de su hermano.

Y, de pronto, Garce llevóse una mano a la garganta para contener el grito de espanto que en ella se formulaba. ¿Era víctima

de una alucinación?.. ¿O el pensar en alguien era lo suficiente en aquella selva silenciosa para plasmar la figura...?

Un hombre luciendo aretes de oro en las orejas como el corsario que la había acompañado, pero sin ropa de rayadillo corsaria, sino vistiendo pantalón negro ceñido, botas mosqueteras y rojo pañuelo anudado a la nuca, estaba en pie ante ella, con los brazos cruzados.

Y Garce no podía desconocer los rasgos faciales iluminados por la luna, que ponían de relieve la nariz aquilina, el bigote sedoso y de fino trazo... y aquella mirada de negra intensidad burlona.

—¡El Pirata Negro!—exclamó, despavorida.

—El mismo, Garce. El mismo al que quisiste apuñalar cuando tu hermano enloqueció. Pero, ¿tiemblas? No puedo consentir que ante mí mujer alguna demuestre temor. No soy ninguna aparición. ¿No oyes?—y aplicóse Lezama una puñada en el pecho que resonó hondamente—. Soy de carne y hueso. Soy Carlos Lezama, a quien tú llamas el Pirata Negro, y te saludo rendidamente.

Inclinóse burlón el pirata. Y ella, ágilmente, púsose en pie, encañonando con su pistola al hombre que más odiaba... deapués de a Jan Bart.

—¡No te muevas, pirata! Sé disparar y te matará sí intentas atacarme.

—¿Atacarte yo? ¿A santo de qué? Vine sólo a saber algo que me intriga. He perdido, Garce; lo reconozco. Me apuntas con una pistola que, aunque tiemble levemente, hace en la carne hondo agujero. No me moveré, pues. Pero, antes de apretar el gatillo... ¿no me dejarás preguntarte algo?.. Los condenados a muerte tienen derecho a hablar.

—Habla—dijo ella, sonriendo malignamente—. Me gustará oírte... antes de matarte. ¿Vas a suplicarme que te perdone la vida?



Encañonando con su pistola al...

—No, Garce. Nunca he suplicado a nadie... y mucho menos voy a empezar ahora a suplicar en balde. Dime primero una cosa: ¿por qué odias tanto a Jan Bart?

Ella reprimió un grito de asombro.

—¿Cómo sabes que le odio?—preguntó, estupefacta.

—Soy mestizo panameño, y conozco brujerías. Sé leer en las miradas, y en tus pupilas leo el nombre de Jan Bart y leo también un intenso odio cuando oyes su nombre. ¿Por qué?

—¿Qué te importa el saberlo?

—Cuando era pequeño cometí un acto cruel. Arranqué las patas de un saltamontes para saber cómo se las componía con aquellas serretas para saltar tan ágilmente. Siempre me han intrigado las cosas que no comprendo.

—Vas a morir... y te entretienes en tonterías que no te atañen. Pero te complaceré. Odio a Jan Bart porque él disfruta del cariño de mi hermano, que le quiere como si su hermano fuera. Sólo a él le escucha, y se olvida de mí. No me reconoce, y, sin embargo, a Jan Bart le llama con afecto “bretón”. Por eso le odio... y por eso no descansaré hasta verle morir entre tormentos que ya he imaginado.

—¡Ah! ¿Y por qué no me llevas a bordo con tu pistola y allí me

haces torturar para ensayarte y adquirir costumbre?

—Porque... podrías hablar... ahora.

Y no quiero que nadie sepa que yo estoy celosa de que un hombre me robe el cariño de hermana a que tengo derecho, porque nunca... — interrumpióse ella.

—Porque nunca has sentido lo agradable que debe ser experimentar un cariño sincero. Siento lástima de ti, Garce. Brillan tus ojos malignamente, y en parte no tienes la culpa si tu alma es negra. La ennegrecieron los que te negaron amistad y cariño.

—¡Calla, o...!

—Huérfana eres y anhelas un calor de ternura, algo puro que te haga olvidar cuanta hez has bebido en el cáliz de la entúpida superstición humana, que te considera una maldición porque tus cabellos son blancos, tu tez de leche y tus ojos de rubí...

Frenéticamente, Garce apretó el gatillo. Oyose un"clic" profundo, pero el percusor no hirió pistón que encendiera la pólvora y disparara la bala de plomo voluminosa que iba destinada al pecho del Pirata Negro. Repitió ella el disparo tan inútilmente, y de pronto debatióse furiosamente entre los brazos del Pirata Negro que inmovilizándola la empujó hacia un tronco cercano, y con hábiles y veloces ademanes la ató con ropas rasgadas: ropas rayadas de blanco y rojo. El atuendo corsario del que habíase despojado instantes antes Carlos Lezama.

—No grites en demanda de auxilio. Llegarían tarde... y tú no podrías nunca torturar al pobre Jan Bart.

Ella, inmovilizada por la experta y rápida maniobra, mordióse ahora los labios. El pánico la invadía, pero seguían sus ojos brillando malignamente.

—¡Te odio!—exclamó en voz ronca por la ira.

—Nada nuevo me aprendes, Garce.

Y por eso me das lástima. Odiar como odias a todo el mundo es peor que sufrir lepra. El odio es pasión insana que corroe el alma y muerde en el pecho, sin permitir el aquietamiento que pensar en cosas bellas produce, ¿Has contemplado nunca una puesta de sol? ¿No has sentido nunca deseos de llorar al oír los trinos del ruiseñor destilando líquida armonía en la noche? ¿La plata del mar besado por la luna no te ha hecho nunca sonreír con dulzura?

—¿Qué... qué vas a hacer conmigo?

—murmuró ella, temblorosa.

—Si gritas en demanda de auxilio, dar razón a quien pirata me cree. Si sólo me escuchas y sabes contestarme con sinceridad, te dejaré donde estás, prendiendo antorcha ante ti antes de irme para que los corsarios vengan a apagar la antorcha... y a la vez liberándote recordarte que es imprudente andar a solas por la selva con corsario que no conoces.

—¿Tú... tú eras...?

—¿No te lo aclaró la pistola fallona? Te la di, Garce, porque nunca desobedezco ruegos femeninos..., pero, naturalmente, le quité la pólvora y el plomo y también el pistón. Por eso tardé en dártela. Y allí está toda mi brujería. Así como presencié el juicio contra Ivón y Robert, siendo uno más de los corsarios, así pude adivinar también el odio que sientes hacia Bart. Por la lástima que hacia ti siento, quiero darte algunos consejos, unas lecciones...

—¡Guárdate lecciones y consejos, diablo español!—gritó ella, colérica.

—¡Chttt! Otro chillidito como ése y en tu blanco escote se formará una roja rosa que irá extendiéndose... extendiéndose hasta que tus labios se vuelvan más lívidos de lo quo son. Si buscas miel, Garce, no destiles hiel. Las moscas nunca quedan presas de patas en la hiel; en cambio, mueren golosas y felices en la pegajosa pero necesaria creación de las silvestres abejas. Madre Naturaleza, nuestra madre, Garce, porque ambos somos huérfanos que nunca a a nuestros padres conocimos, es la quo nos enseña a vivir si sabemos interpretar sus mudas lecciones. Primera lección: no odies a Jan Bart creyendo que te roba el afecto de tu hermano. Siento decirte que tu hermano morirá a mis manos. Busca, pues, otro afecto..., y Jan Bart puede dártelo, porque a él, por hombre entero y por valiente, no pienso matarlo.

—¡Jan Bart!... ¿darme afecto?—y rió ella, exasperada.

—Sí. Pídele perdón cuando le veas; hazte humilde, sumisa. Naciste mujer y debes aprender a serlo.

—Todos... todos me rehuyen. ¡Y no sé por qué así te hablo a ti, bandido canalla!

—¡Chttt, chttt! De nuevo asoma la

hiel, Garce. No quieres agradecer mis lecciones, pero da lo mismo. Me escucharás... o ¿prefieres la rosa roja que mi daga hará

brotar en tu pecho? Cuando tu hermano muera a mis manos...

—¿Por qué? ¿No te basta con haberle hecho perder el Juicio?

—Trata de comprenderme, Garce. Yo, como tú, no sentía afecto por nadie; nadie dióme su puro cariño... hasta que la encontré a “ella”. Se llamaba Jacqueline y nos amamos. Tu hermano la mató... La noche es fresca, Garce, y, sin embargo, mira mi frente. Hay en ella gotas de sudor... y no podré tener calmada mi sed de venganza hasta que Gars “El Albino” no perezca a mis manos. Le odio con la misma intensidad con la que tú me odiarás cuando yo lo mate. Pero... volvamos a ti, Gars. Sería inútil que intentara hacerlo comprender la razón que me asiste ante la razón que como hermana to asiste. ¿Oíste hablar de Eva?

Ella denegó con ln cabeza, en ademán furioso.

—Eva fué, según cuentan libros sagrados, Ia primer mujer que en el mundo hubo. Formaba pareja unida con Adán y llegó una serpiente que le enseñó a Eva lo que se llama coquetería. ¿Conocen lo que es coquetería, Garce?

Ella repitió su furibundo gesto negativo.

No basta ser bella, Garce; hay que saberlo. Y tú no sabes que eres bella a tu modo.

¿Te burlas de mí, bandido canalla?

—Recuerdas las moscas, la miel y la hiel. Soy hombre discreto entendedor en femeninas bellezas. Hay mujeres bellas de por sí por la pureza estatuaria de su cuerpo y de su rostro. Hay otras que son francamente feas y galantemente desviamos la vista de ellas con disimulo. Pero a ti te miro rectamente, Garce, porque eres bella sin saberlo. Belleza demoníaca, pero te daré la lección que Eva aprendió cuando revistió su desnudez, avalorándola. ¿Son blancos tus rizos? Empólvalos profusamente y semejarán linda peluca a la moda francesa de corte. ¿Tus cejas y tus pestañas no se ven? Torpe de ti que no las sabes lucir. Un corcho quemado y afilado en punta aguda. Pásalo por tus cejas describiendo un arco. No dibujes línea recta, y hacia arriba, porque sería dar a tus ojos aspecto de diablesa. Y has de ser miel; has de ser fémina, Eva. Y sombreados tus párpados con el mismo corcho que ennegrezca tus pestañas, sólo quedarán dos detalles. Exprime cerezas silvestres y con su jugo sigue la línea de tus labios gordezuelos, pálidos hasta hoy. Y para avalorar la llama de tus ojos, coloca junto al izquierdo el lunar de

terciopelo rojo llamado “asesino” porque mata corazones. Exhibe con orgullo tus rojas pupilas; son interesantes. Y serás mujer atractiva si te muerdes la lengua siete veces antes de hablar. Que cada vez que pienses pronunciar hieles, destiles mieles. Y Eva triunfará de nuevo.

El Pirata Negro emitió una seca carcajada, pero no había burla en ella, sino un raro matiz afectuoso que el oído de Garce apresó.

—Y terminó la lección, Garce. La mujer más tonta que en el Universo exista es siempre más inteligente que hombre que listo se crea. Demuéstralo, porque... te hará falta un calor de afecto cuando Gars “El Albino” muera a mis manos. No, no me llames otra vez “bandido canalla”.

—¿Qué haces...?

—Rociar con la pólvora de la pistola que manejaste en balde esa rama de cedro. El pistón la prenderá y tú verás correr desolados hacia aquí a los corsarios. Yo no lo veré porque ya estaré muy lejos. ¿Los azuzarás contra mí? No pienses tal bobería, Garce. Tengo un corcel aguardando, que galopa como si alas llevara.

Depositó el Pirata Negro la rama rociada con pólvora a tres pasos de distancia de la mujer atada al tronco.

—Entre tus gritos cuando yo me vaya y la llama resinosa, no hay temor de que quedes abandonada. Hay fieras por ahí, Garce, y no quiero que se malogre la bella mujer que en ti alienta cuando sepas reconocer cómo “Satán” reconoce la bondad de la miel. Adiós, Garce; no me maldigas, por que odiar envenena. Advierte con melosas palabras sinceras a Jan Bart que si Gars a mí me vino buscando, yo vaya donde vaya la carabela, a Gars mataré. Sea aquí, sea en la mar, sea en tierra del buen Rey de Francia. A tus pies, Garce.

La burlona reverencia del Pirata Negro coincidió con la percusión que engatilló contra la pólvora. Prendióse una chispa... la chispa corrió como un reguero de vivo color anaranjado. Brotó una columnita de humo quu fué extendiéndose, extendiéndose, hasta chisporrotear en crepitante llama.

Garce, cegada por la repentina luz, cerró los ojos.

Cuando los abrió estaba sola, amarrarada al tronco, y oíanse cercanas y apresuradas pisadas de corsarios acudiendo a toda marcha.

En silencio Garce se dejó desatar y no pronunció palabra alguna míentras a taconazos los corsarios apagban la antorcha. Y, pese a las airadas preguntas del contramaestre, siguió ella andando en silencio hasta llogar a la playa, deteniéndose junto a la lancha donde el falso corsario la había acompañado antes.

Orgullosamente, entró sola en la lancha y remando dirigióse a la carabela. Fingía no oír las exclamaciones de estupor y las más malsonantes de ira de los corsarios que se quedaban en la playa.

Capítulo V

Caballos, barriles y catapultas

El negro Tichli poseía la característica paciencia del que confía ciegamente en la superdotada naturaleza de un hombre. Y aunque habían transcurrido más de dos horas desde que el Pirata Negro se había ido, Tichli no sentía aún inquietud porque confiaba en los poderosos recursos del ingenio fértil de su amo.

Comprendió también que debía remar con todo el vigor de su musculatura cuando vió acercarse, corriendo elásticamente con largas zancadas a saltos a su amo.

Apenan Ios pies del Pirata Negro tocaron los maderos de proa, ya Tichli remaba vigorosamente. Sentose Carlos Lezama.

—Ventajas de tu sordomudez, Tichli. Tienes un sexto sentido agudizado que casi equivale a ser inteligente— rió y palmoteó el hombro del negro, que remaba tan silenciosa como velozmente—. Además siendo sordo, puedes oírme pensar en voz alta, lo cual desahoga, y siendo mudo a nadie repetirás mis secretos pensamientos.

El negro cubano, como siempre que veía los labios de su amo moverse, fuera en las circunstancias que fuera, exhibía sus amarillentos dientes en amplia sonrisa.

—He pasado unos instantes agradables, Tichli. Asistir a un acto de justicia corsaria instruye, y aleccionar a mujer arisca y áspera es acto que algún día quizá un hombre puede agradecerme. Bien, si ella ha hablado del corcel todos los corsarios estarán ahora registrando la selva y tendiendo el oído para escuchar galope de cascos. Boga, Tichli, que es ya la última y primera vez que huimos de la carabela. Pronto la carabela conocerá el epílogo que le destino. Ante Garce me jacté de que por tierra, mar o en la misma

dulce Francia yo seguiría los pasos de Gars “El Albino” para matarlo, pero las incomodidades deben evitarse. Y es preferible que sea en tierra donde Gars “El Albino” recupere su razón. Y en esa tierra baja del Yucatán, cuyo conocimiento por parte nuestra equilibra la superioridad de sus fuerzas corsarias. Pero tregua a pensamientos bélicos cuando en la noche se respira la fragancia de Ios zumos de la selva vertiendo lágrimas de luna.

Y "Satán" vino de nuevo a tenderse bajo la hamaca que, colgando de tronco a tronco, recibió el peso del cuerpo del Pirata Negro, que pronto durmió profundamente.

La aurora perfiló sonrosados contornos a las esbeltas palmeras de las que colgaba la hamaca donde seguía durmiendo Carlos Lezama. Pero “Satán” respetaba la ley de la selva por lo que se refería a obedecer los trinos de los pájaros, que significaban para el desalterar las fauces en frescos sorbos.

Y bostezó ampliamente, mostrando la negra caverna erizada de colmillos. Carlos Lezama se desperezó y, desnudo como dormía, dirigióse a la playa, zambulléndose y saliendo a flote treinta metros más allá en el mar, braceando acompasadamente.

Desde el agua silbó repetidamente. Sus estridentes silbidos rasgaron la quietud del amanecer. Regresó nadando a la playa, y, mientras secándose vigorosamente con su camisa, vestía sus pantalones, fueron llegando a la playa todos los piratas llamados por los silbidos.

—Reunión general, mis valientes— anunció el Pirata Negro, saltando encima de la mesa única que le servía para realizar sus comidas—. Harto estoy de aguardar como sangrador a que el paciente mejore. He cambiado mi modo de pensar: Gars “El Albino” vendrá con nosotros en calidad de prisionero hasta que recupere el juicio. Y, si no lo recupera, no por eso tendremos que pudrirnos aquí. Hay mucho mar que nos espera. La primera parte de mi empresa se compone de caballos, barriles y catapultas. Veamos: ¿quién de vosotros sabe dónde hallar buenos potros de recias manos y trancos ágiles?

—Yo sé, señor—avanzóse “Piernas Largas”.

—Siempre dije que sabihondo eras, andaluz. ¿Dónde están esos caballos?

—A cien millas de aquí, por mar. En las corralizas de remonta y

cría que los españoles tienen cerca del robledal.

—¿Qué guarnición vigila las corralizas?

—Diez infantes españoles al mando de un sargento y un mayoral.

—¿Qué distan las corralizas de fortaleza o puerto artillado español?

—Más de cincuenta leguas. No hay por los alrededores “naide”.

—¿Cómo eslás tan seguro de ello?

—Porque el mayoral es como yo andaluz y hace tiempo fuimos amigos. No me sabe pirata; me creé sólo ladrón y fullero. Y gustaba de oír el rasgueo de mi guitarra y las coplas que canto.

—Bien. ¿Cuántos caballos habrá ahí?

—Más del centenar.

—Primera parte resuelta. ¡“Cien Chirlos”!

Un pirata de rostro horrible surcado en todos sentidos por múltiples costurones de cicatrices mal cosidas y renovadas, acercóse presuroso.

—Como segundo mío quedarás en tierra con diez hombres. Derribad los troncos más gruesos y amontonad las lianas más resistentes. Cuando regresemos de adquirir los caballos quiero ver en esta playa montañas de leños y de lianas. ¡A bordo todos! Menos “Cien Chirlos” y diez malandrines leñadores. Elígelos tú mismo, guapote.

Poco después “Cien Chirlos” contemplaba desde tierra como se hacía a la mar el “Aquilón”, que costeando remontaba hacia el Norte.

Sentado en la borda y balanceando las largas piernas hacia el mar, el pirata andaluz pulsaba la guitarra y cantaba:

“Sólo el mar es mi cariño,
porque nunca miente ni falsea
amores de tierra...”

En el castillete de proa el Pirata Negro escuchaba sonriendo las coplas que una tras otra ensartaba “Piernas Largas”. El leopardo, erguido majestuosamente a su lado, barría el suelo con su cola, porque la picada mar mugidora le irritaba, y de vez un cuando intentaba acallar inútilmente con sonoros rugidos de furor aquellos otros rugidos de una fiera cuyo ataque esperaba girando lentamente la cabeza aplanada, gachas las orejas.

El “Aquilón”, todas las velan desplegadas, hendía el mar festoneando con encajes de espumas la cortante proa…

“El Majanito”, tras asegurarse que las puertas-vallas de las empalizadas estaban bien encajadas y puestos los candados, y que los caballos de los que cuidaba estaban apaciblemente sentados bajo la sombra de los entoldados dispuestos en el centro de la vasta pradera cercada, bostezó ruidosamente. El sol caía de lleno sobre el caserón rústico construido troncos, y en su interior nueve soldados de infantería española dormían la siesta. Y la dormían a conciencia.

El sargento jugaba a los dados con su ordenanza.

—Siete, y van tres, mi sargento. Vos perdéis.

—¡No juego más, maldita sea tu suerte!—rezongó malhumorado el sargento—. Prefiero dormir…, pero tú más despierto que una ardilla.

—¿Para qué, mi sargento? Vos bien sabéis que eso está libre de todo peligro. Y con uno sólo que esté despierto…

—¿Quién va a ser ese despierto, maldito sea, sino tú —gritó el sargento.

—Dejadlo—intervino, entrando “El Majanito”—. Que duerma también él, como vos vais a hacerlo. Yo estaré despierto y me hará compañía la botella de vino de mi tierra que ayer merqué en puerto.

Dormían a fondo los diez soldados y el sargento y “El Majanito” apuraba su sexta copa, cuando el vaso cayó de sus manos. En el umbral de caserón una veintena de piratas esgrimían pistolas y corvos sables.

Destacóse uno desarmado, que cruzados los brazos sobre el desnudo pecho, sonrió contemplando los adormilados infantes españoles.

—¡A las armas! gritó estentóreamente “El Majanito”.

El brusco despertar de los soldados y su sargento coincidió también con las palabras de Carlos Lezama.

—Distáis diez metros de los armeros. Que España no pierda soldados, porque no me complacería. Quietos y sin moverse. Tú que tan bien has gritado, ¿quién eres?

—Soy el mayoral.

—Tu acento es andaluz.

—De Galaroz soy y me llaman “El Majanito”.

—Recia estampa campera eres. ¡No se mueva, sargento! Nada venimos a buscar que con vuestras vidas tenga que ver. Queremos cuarenta y cinco caballos y hemos de llevárnoslos.

—Tú eres un pirata, y ¡voto al diablo que...!

—En paz al diablo y en paz los votos, sargento. Tened calma y otra vez no durmáis si no queréis despertar tan poco agradablemente. Háblame tú, “Majanito”. ¿En cuánto valoras cada caballo de los tuyos?

—Precio no tienen porque son del Rey de las Españas contestó orgullosamente el mayoral.

—Dignos, pues, para ser cabalgados por mí y mis hombres. Si no fueran del rey y pudieras venderlos, ¿en cuánto los cobrarías?

—No por menos de veinte doblas de oro por cabeza.

—Caros son para el mismo rey... Pero para mí son baratos. Dadle a ese hombre el cofre.

Dos piratas dejaron sobre la mesa un pesado cofre.

Puedes abrir y contar su contenido, “Majanito”. Hay bastantes más doblas de las que pides por cuarenta y cinco caballos. Diez de vosotros— dijo volviéndose a sus hombres—recojed todas las armas del armero. Y otros diez a ensillar caballos.

El mayoral hundió sus manos en un hacinamiento de monedas mejicanas do oro. Miró asombrado al Pirata Negro.

—Español ha de ser quien como vos pirata, paga los caballos que podía haber robado impunemente.

—¿Y mis armas?—rugió el sargento, tratando de levantarse del camastro—. Bien va por los caballos, pero no consentiré que mis armas...

—Quedad donde estáis, sargento. Vuestras armas las tiraremos al suelo tan pronto volvamos grupas al caserón.

Ya oíanse relinchos, caracoleos y exclamaciones impacientes de los piratas. Media hora después, cuando desde la puerta a la que se habían abalanzado el sargento y los restantes hombres, vieron alejarse en una nube de polvo a los piratas cabalgando y algunos de ellos llevando además; por las bridas caballos sin jinete, “El Majanito” suspiró.

—Lleváronse mis mejores caballos.

—Han tirado las armas. ¡A ver!... Cuatro de vosotros, malditos seáis, dormilones. A recoger lo que no debisteis nunca abandonar.

—Más roncabais vos que ellos—dijo “El Majanito” seriamente.

—¡Qué vergüenza! ¿Qué le digo yo al capitán ahora cuando vaya a la ciudad?—gimió desesperado.

—Que eran más de doscientos—dijo “El Majanito”—. Y que nos ataron a todos en un santiamén. Y que cuando nos desprendimos de las ligaduras habían ya huido, por suerte para ellos.

—Creo que es lo más acertado. ¿Y del cofre?

—La mitad para mí; la otra mitad para vos. No frunzáis las cejas, compadre sargento. Que aunque repartáis con vuestros hombres, siempre salís ganando.

El sargento rezongó por lo bajo entre sus mostachos.

“El Majanito” adoptó un aire inocente.

—¿Qué decís, compadre sargento? Oí algo a propósito de no sé qué de quién era el pirata de verdad. ¿Iba conmigo?

—No, no. Asunto terminado. Mitad para vos, mitad para mí... y esos dormilones, qué malditos sean.

Desembarcados los cuarenta y cinco caballos en la playa donde ya “Cien Chirlos” y sus leñadores habían amontonado troncos corpulentos y lianas en profusión, el Pirata Negro presenció como, después de breve explicación, todos los piratas a una iban puliendo las cortezas a hachazos hasta alisarlas, cavado en los extremos de los troncos más largos hondas bocas.

Empezaban los preparativos de las rústicas ballestas-catapultas que, con red de lianas y soportando barriles de pólvora con mecha encendida, usábanse con frecuencia en substitución de cañones cuando quería quería llegarse a una finalidad de rápida destrucción.

El Pirata Negro andaba por entre los afanosos piratas convertidos en bastos carpinteros. Tras el, Satán gruñía de vez en cuando demostrando que aquel rancio olor a sudores no le encantaba.

—Dos días para poner en punto catapultas y barriles. Uno con su noche para transportar el todo a lomos de caballo hasta el paraje que yo os designaré y hacia el que os conduciré.

Y dentro de tres días Gars estará a bordo de mi “Aquilón”—Bastarán dos o tres barriles bien asestados sobre la borda de la carabela en el lugar donde se halla su “Santa Bárbara”.

Capítulo VI

Dos transformaciones

Media hora después de que los corsarios la habían liberado de sus ligaduras, disponíase Garce a acostarse, cuando en la puerta de su camarote resonaron dos golpes imperativos.

Echando descuidadamente una sábana sobre su desnudez, descendió de la litera y fué a abrir. Entró en el camarote Jan Bart, que la miró fríamente.

—Es tu obligación narrar lo que a tierra te sucedió. El contramaestre me dice que te hallaron atada a un cedro, con ropas desgarradas de corsario y una antorcha a tus pies restallante de pólvora. No has querido contestar a las preguntas del contramaestre. A mi estás obligada a contestarme.

Garce crispo los labios en colérico mohín rabioso; una de sus manos avanzó amenazadora cerrada en puño. La sábana cubrió ya escasamente en su cuerpo estatuario.

—No intentes pegarme, mujer, porque no tendré en cuenta quién eres. Me harta ya tu genio de víbora y de leona.

Garce se mordió los labios varias veces seguidas. Al fin, en su boca se dibujó algo semejante a una sonrisa.

—Mientras mi hermano esté enfermo tú eres el jefe, Bart. Estoy dispuesta a hablar. ¿Qué quieres saber?

Jan Bart parpadeó asombrado de aquella repentina docilidad. Pero era hombre cándido e incapaz de creer en astucias ni en feminidades despiertas por "lecciones" recientes.

—¿Quién té ató?

—El corsario que a tierra me llevó.

—¿Eh? ¿Se atrevió acaso a...?

—El corsario que tú mismo llamaste imbécil tocándole en el

hombro era el Pirata Negro.

—¿Cómo dices?—exclamó Jan Bart. —¡Es imposible! Habrás visto fantasmas; lo has soñado. ¿Cómo pudo un hombre solo atreverse a entrar es nuestra carabela?

—Cómo, no sé. Pero como te estoy mirando, que era él quien me ató.

—¿Con qué finalidad? ¿Cómo reconociste que era él?

—La finalidad fué... enterarse si Gars seguía loco. Y reconocí que era el Pirata Negro porque me bastó verlo una sola vez. Y nunca lo podré olvidar....

—No me importan tus odios. ¿Por qué no lo dijiste al contramaestre para que lo hiciera perseguir?

—Tenía un caballo y nadie le habría dado alcance. Me ha dicho que le advierta que sea en mar, en tierra, o en Francia, él matará a mi hermano.

—¡Bandido! — clamó Jan Bart—. Te Juro que no llegará de nuevo a bordo y mucho menos pondrá sus manos sobre mi Jefe. Y tú... ¿a qué fuiste a tierra?

A pensar. Y he pensado mucho. Jan Bart. Quiero pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Tú pedirme perdón?

—¿Te extraña? ¿No te ofendí gravemente?

Jan Bart retrocedió un paso, tanto era su asombro.

—Me extraña... que te comportes así. ¿Has recibido algún golpe en la cabeza?—preguntó, burlándose toscamente.

—No debes hablar así, Jan Bart— reprochó ella dulcemente—. No debes mentar locura...

—Que Gars me perdone—dijo contrito el bretón—. Sí que me ofendiste, Garce, y tan gravemente, que no creo que pueda perdonarte nunca. Nadio me llamó jamás traidor a mí.

—Yo intentaré hacértelo olvidar, Jan Bart. ¿Qué puedo hacer para complacerte? De veras quiero que seamos amigos; no tengo amigos desde que nuestro Gars está enfermo... Él era rudo, pero a su modo me quería.

Y ahora no me reconoce siquiera... Estoy sola de nuevo.

Jan Bart contempló sorprendido las rojizas pupilas empañadas de lagrimas mudas. Carraspeó reciamente.

—Gars volverá a ser hombre y jefe, mujer. No te entristezcas más. Pídeselo a... Pero no, tú no crees en Ella.

—Quiero creer en lo que tú creas— dijo ella fervorosamente—. Quiero compartir contigo el afecto de Gars.

—Me gusta tu voz ahora tal como hablas, Garce. Podremos quizá ser amigos... si rezas a Santa Ana pidiéndole la salvación de tú hermano.

—Así lo haré, Jan—y por vez primera ella empleó el nombre del bretón sin el apellido—. Pero no sé rezar... ¿Qué debo decir?

—Cuanto más ignorantes sean tus palabras, si del corazón te brotan, Ella te oirá. Y basta ya de charla. Voy a cenar con mi jefe. Que duermas tranquila, Garce, si piensas honradamente en querer mi amistad.

—Gracias, Jan.

El bretón se detuvo al poner su mano en el pomo de la puerta. La palabra “gracias” en boca de la albina era ya un milagro más. Y lo atribuyó a pasajera debilidad ocasionada por la emoción del encuentro con aquel temerario pirata español...

—Buenas noches, Garce— dijo bruscamente, y salió.

En su camarote, Gars “El Albino” sujetábase la cabeza entre sus dos manos. Su rostro estaba crispado por mueca de hondo sufrimiento. Con los ojos semicerrados miró al que entraba.

—Hola..., bretón—habló trabajosamente el loco—. Me duele... eso. Hace calor aquí dentro, bretón.

Jan Bart remojó un pañuelo en una jarra, de vino y presionó el paño húmedo contra las sienes del demente.

—Bueno... bueno es. Sigue, bretón. ¿Cómo te llamas?

—Jan Bart, jefe. Soy tu segundo. Esa es la carabela “Vengeance”, ¿sabes? Tú la mandas y doscientos hombres aguardan tus órdenes. Precisamente esta misma noche el Pirata Negro ha venido a bordo con infernal osadía, y de milagro no ha matado a tu hermana. ¿Me entiendes, jefe?

—Jefe... jefe no supe ser... Huyeron... ¿Quién es el Pirata Negro?

Jan Bart renunció a hablar más cuando, después de intentar sacudir la memoria de, Gars “El Albino”, le contempló riendo bobalicón y hablando con la boca pegada a su bicornio.

Salió del camarote tras dejarlo acostado. Y paseó enfurecido por el puente de mando. Pensaba que si el Pirata Negro había llegado hasta allí, no lejos andaría su velero. Al amanecer dispondría un servicio de exploración de la costa en ambos sentidos Norte y Sur.

Interrumpióse en sus paseos cuando vió ante sí la figura de Garce, totalmente vestida.

—¿Qué haces aquí? Es hora de dormir—ordenó bruscamente.

—Si así me lo mandas... Pero yo quisiera un poco de harina y cerezas silvestres. Y también un corcho...

—¿Eh? Pero, ¿estás en tus cabales? En fin, por consideración a Gars, que se cumplan tus caprichos. Mujer eres al fin y al cabo. Harina hay en la cambusa; también corchos. Cerezas te las traerán de tierra.

—Lo quisiera ahora, Jan — suplicó ella con los párpados bajos.

—¿Ahora? No... En fin, vete a tu camarote. Daré órdenes a un cambusero para que te traiga esas chucherías.

—Recuérdalo: un corcho, cerezas silvestresy harina de la más blanca.

Encogiéndose de hombros la vió alejarse Jan Bart y desaparecer en su camaróte. Sentía algo de conmiseración; ¿estaría ella siguiendo los pasos del pobre Gars?

Una hora después, en el camarote, Garce afilaba con un puñal el extremo del corcho, aplicándole la llama de la vela. En una fuente pequeña estrujaba cerezas silvestres, y en la mesa un montón de blanca harina demostraba que Jan Bart había cumplido sus deseos.

Amanecía cuando Jan Bart, alzado el cuello de su casaca, descendía la pasarela que conducía a la sala capitana. Disponíase a desayunar con Gars “El Albino”. Oyó su nombre pronunciado en voz alta desde la puerta del camarote de Garce. Aproximóse impaciente.

—¿Qué quieres ahora? ¿Qué nuevo antojo...?—empezó a decir desde el exterior.

—Entra, Jan. Quiero hablarte.

Jan Bart entró y vió a Garce de espaldas a él. Vestía el negro corpiño de terciopelo de falda acampanada. Notó en ella el poco observador bretón algo nuevo. Quizá los cabellos... Eso era; los cabellos brillaban por lo blancos y arreglados en buceles pendían como elegante peluca cubriendo el grácil cuello.

—¿Qué es lo que se te ha antojado, Garce?

Ella volvióse despacio y sus ojos destellaban luminosos con expresión nueva que nada tenía de maligna. Jan Bart retrocedió dos pasos. Aquel rostro de sombreados párpados, de negras cejas bien

dibujadas, de rojos labios invitadores...

—¡Garce! ¿Has hecho pacto con el diablo?—preguntó, persignándose, el bretón.

—Ni te persignes ni mientes al diablo, Jan. ¿Qué ocurre, que miras mi rostro con esa expresión de asombro?

—Pero... ¿qué has hecho? ¡Te has convertido en mujer hermosa! Y eras poco atrayente antes.

—¿De veras me encuentras hermosa?—dijo ella, sonriendo con sonrisa que iluminó todo su semblante.

—Mucho—dijo él en voz baja, casi susurrando. Contemplaba el redondel de rojo aterciopelado que, pegado junto a la mejilla en el pómulo izquierdo, prestaba un especial encanto a las rojizas pupilas.

—Gracias—dijo ella, también en un susurro.

Guardaron ambos unos momentos de silencio. Al fin, Jan Bart giró lentamente sobre sus pies y abandonó el camarote.

No habló una sola palabra mientras Gars “El Albino” devoraba glotonamente y babeando el copioso desayuno.

Instantes después Garce fingió hallarse en el camino del bretón, cuando éste salía del camarote de Gars “El Albino”.

—¿Cómo sigue mi hermano, Jan?

—Igual. Pero hay que saber aguardar, Garce, Voy a tierra.

—¿Me dejan que te acompañe?

—Como quieras.

Durante el trecho en que estuvieron sentados Juntos, ambos no se miraron. Cada uno fingía contemplar atentamente el horizonte de la playa ante ellos, aunque ambos estaban conscientes de que algo nuevo, inexplicable, flotaba palpablemente a su alrededor. Algo incomprensible que ponía febriles martilleos en las sienes del bretón y leves temblores en los labios antaño lívidos de la albina.

Llegaban a tierra y pisaban la arena cuando lejano se elevó un clamoreo. Pronto fué visible una rechoncha figura achaparrada sujeta entre varios corsarios. El prisionero debatíase ferozmente, pero eran inútiles sus forcejeos entre las manos férreas de cinco corsarios.

—Espiaba... oculto entre unas rocas—explicó el contramaestre de servicio, jadeando por el esfuerzo de mantener inmóvil al preso.

—¿Quién eres?—preguntó Jan Bart.

Juanón vociferaba como un energúmeno, debatiéndose con vigor.

—¡Me haréis picadillo, franchutes! ¡Pero mi amo os convertirá en cribas y alfombras para sus pies!

La mano de Jan Bart asió bruscamente el cinturón de Juanón. Examinó la chapa que relucía en él, donde un aguilucho en relieve se cernía.

—Insignia del Pirata Negro. Es un pirata español. Basta oírle chapurrear a gritos ese lenguaje que ninguno entendemos.

—Yo le haré hablar, Jan. Déjamelo—intervino Garce.

—¿Sí? Capaz te creo de muchas cosas extrañas, pero hacer que un ignorante español hable francés sería arte de brujería.

—¿Me dejas que lo intente?

—Tienes, mano libre.

Garce señaló una delgada tabla que servía de ancho banco remero.

—Que la traigan y la atraviesen con sables y puñales. Que todas las puntas sobresalgan lo mismo — dijo Garce.

Obedeced—ordenó secamento Jan Bart.

Cuando la tabla estuvo convertida en una criba por la que sobresalían las puntas de los aceros, Garce volvió a hablar, mientras Juanón seguía lanzando vociferaciones.

Mantened en pie la tabla. Y amarrad al español con la espalda contra los hierros, pero sin que penetren en su carne. Sólo que se apliquen sobre ella.

Obedeced—repitió Jan Bart.

Cuando Juanón estuvo en la posición deseada redobló los gritos.

Garce tendió la mano hacia Jan Bart.

—¿Quieres darme tu puñal?



...y aplicó entre las dos cejas del...

Jan Bart desenfundó el largo cuchillo, entregándolo a Garce. Ella, esgrimiéndolo, aproximóse a Juanón y aplicó entre las dos cejas del rechoncho pirata la punta del puñal.

—Escúchame bien, español. Vas a decirnos dónde está tu jefe y a qué distancia se halla su velero.

Juanón quiso retroceder la cabeza y en su nuca se hincó la punta de varios puñales. Avanzó la cabeza y entre sus cejas brotó una gota de sangre... Garce retiró prestamente el puñal.

Lo aplicó ahora sobre el cuello de Juanón... Encima de la mano femenina aplicóse la velluda mano del rabio bretón.

—Dame el puñal, Garce—ordenó lacónicamente.

Ella dócilmente devolvió el arma. Jan Bart la enfundó, y dijo:

—Soltad a ese bribón. Que se vaya libremente y nadie le impida el paso.

Disciplinadamente, aunque confusos de asombro, los corsarios liberaron al pirata. Juanón inició unos pasos de retrorceso cautelosos,y de pronto corrió con todas las fuerzas de sus cortas piernas.

—Un espía español no puede hablar en francés si lo Ignora. Pero...puede ser espiado por hombro hábil. Avanza, Quimper. Tu rastrearías una liebre andando al lado de ella sin que se enterase—dijo Jan Bart—. Sigue a ese hombre sin que te vea, y así sabremos dónde ancla el velero del Pirata Negro. Tan pronto lo averigües,

regresa tan velozmente como puedas á comunicármelo.

Quimper alejóse. Garce miró con admiración al bretón.

—Muy inteligente eres, Jan. No te creí capaz de esa astucia.

—Entiendo de trampas de guerra— dijo él modestamente, aunque halagado—. Y, además, no me gustaba verte torturando inútilmente. Eres mujer, ¿sabes?.. y bonita. Deja para los hombres las cosas de sangre y lucha. Tú... procura siempre sonreír como ahora estás sonriendo. Y basta ya de charlas insulsas. Tengo que dar ordenes.

Llamó Jan Bart a todos los contramaestres.

—Diez hombres hacia el Sur costeando, otros diez hacia el Norte, hasta que encuentren el paradero del "Aquilón". Debe estar por las cercanías. Y otros diez en la loma aquella para que dominen los alrededores. No quiero que nos pueda sorprender ese diablo español del Pirata Negro. Si tenía un espía al acecho, no dudéis que sabe dónde nos encontramos. ¿Regresamos a bordo, Garce?

Ella asintió mudamente, sus ojos fijos en las límpidas pupilas azules del bretón, que desvió la vista.

—Creo que seremos amigos, Garce —dijo el bretón, hablando por vez primera desde que habían abandonado la playa y mientras subían por la escalera de costado.

—Gracias— replicó ella suavemente. ¿No saben decir otra cosa? —rezongó el bretón,

—¿Te molesta? Si te molesta, no la repetiré.

—No es que... En fin como quieras. Me cohíbe algo extraño que será debido al hondo cambio que has sufrido, Garce. Hablas sin aspereza y en tus ojos no hay envidia ni malignidad...cuando me miras. Ayer eras demonio, y vívora; hoy eres ángel y gacela.

—¿Cuál de las dos prefieres?

Jan Bart tardó en responder. Aspiro profundamente, y al fin dijo: —¿Por qué preguntas lo que sabes sin necesidad de que yo lo exprese en palabras? Y... basta de charlas insulsas. Vamos a donde tu hermano está. En eso debemos pensar: en él. En devolver a mi jefe su sano juicio... antes que tú trastornes el mío.

Y la sonrisa del bretón fué imitada por Garce. Una sonrisa de mutua complacencia en la que sin palabras ambos se entendían.

* * *

Gars "El Albino", tendido boca abajo en su litera, murmuraba

frases incoherentes, pero por dos veces pronunció claras palabras:

—Esta inmovilidad. Esta tu inmovilidad...

Siguió pronunciando Incoherencias inteligibles. De pronto dióse Jan Bart un brusco puñetazo en la frente y saltó sobre sus pies. Salió corriendo del camarote.

Garce humedeció un pañuelo en vino y frotó con él la frente del loco.

—Bueno, es bueno eso... balbució Gars “El Albino", con los ojos cerrados—. Eres sabio tu, bretón...

Esa vez Garce no sintió encenderse en su pecho el antiguo odio. No podía sentir odio hacia el hombre que, si bien le robaba inconscientemente el cariño de su hermano, había hecho nacer en su alma un sentimiento desconocido que la llenaba de inefable éxtasis.

Siguió pacientemente humedeciendo y frotando las sienes de su hermano. Pero de pronto cesó en el gesto, poniéndose en pie.

La carabela se movía... Y lentamente aumentaban los movimientos de balanceo. Asomóse ella a la lucarna y vió destilar las olas. La “Vengeance” navegaba mar adentro, describía un giro y regresaba al punto de partida. Durante media hora repitióse la maniobra inexplicable. La carabela internábase unas dos millas mar adentro y dando un giro en redondo volvía al punto de partida.

Ensimismada, Garce, que solo pensaba en unos ojos azules que la miraban con extraña luz desconocida hasta entonces para ella, se sobresaltó al oír una voz seca hablar a espaldas de ella.

—¿Qué haces en mi camarote, Garce?..

Volvióse ella rápidamente, juntando las manos en ferviente ademán de esperanza y alegría. Gars “El Albino”, bien colocado el bicornio y la diestra sobre la empuñadura de su espada, que había descolgado de la pared del camarote, la contemplaba ceñudamente.

—¿Qué es toda esa tiznadura de tu rostro? ¿De cuándo acá te avergüenza ser albina como yo?

—Fué que... Pero ¡estás ya bien, hermano!

Abalanzóse ella hacia su hermano, intentando abrazarle.

El la rechazó duramente.

—¿Dónde se encuentra Bart?

La puerta se abrió violentamente y Jan Bart entró presuroso. Sus ojos brillaban excitados. Tendió la mano hacia la diestra de Gars.

—A tus órdenes, jefe. Ya estás curado. Fueron fiebres pasajeras.

—¿De qué fiebres hablas, bretón?— dijo Gars, rechazando la mano de su lugarteniente.

—Tuviste un ligero ataque de... insolación. Cinco días hace ya con sus noches. A raíz del falso pánico que hubo entre la tripulación cuando se creían atacados de viruela negra.

Gars “El Albino” pasóse la mano por la frente, cerrando los ojos. Sentóse lentamente.

—¿Hacia dónde navegamos, Bart? —preguntó—. Hace años... me parece que hace años que no sentía el suelo moverse bajo mis pies.

—Navegamos en círculo, jefe. Recuerda que tenemos por misión apresar al Pirata Negro. Y éste anda por los parajes. Él fué, ¿recuerdas?, quien fingiendo ser un azteca mejicano echó hierbajos de monte en la comida de la tripulación.

—Recuerdo el azteca... Después, luchas, luchas entre nosotros. Y, por fin, la carabela a punto de estrellarse... Un diablo moreno riendo a carcajadas... y silencio, quietud, inmovilidad. Nada se movía y vacío en mi eerebro inmóvil.

—La insolación, jefe—mintió Bart. —Pero ya estás recuperado. Y doscientos corsarios aguardan tus órdenes. Antes debo advertirte que, en nombre tuyo, ahorqué a Ivón por matar a un compañero y corté la lengua do Robert “Le Poisson” por hablar en servicio.

—Bien hiciste. ¿Qué más?

—Robert “Le Poisson”, antes de quedarse mudo para siempre, me acusó de serte traidor y preparar una conspiración contra ti. Debo advertírtelo porque me dolió mucho.

—Bien. ¿Qué hiciste con Robert “Le Poisson”?

—Cortarle la lengua como te dije, jefe.

—Lo mandaré colgar por haber intentado sembrar cizaña entre la tripulación. ¡Acusarte a ti de traición! ¿Alguien más le apoyó en su calumnia?

—No. Nadie más—dijo lacónicamente el bretón.

—Bien. Hablemos ahora de lo referene a ese Pirata Negro.— Levantóse Gars “El Albino” andando por el camarote a pasos largos. —¿Qué medidas has ordenado?

Iba Hart, a hablar, cuando Gars so detuvo ante su hermana.

—¿Qué haces tu aquí Garce?.. ¿Quién te ha permitido entrar en

mi camarote, aparte de las horas de yantar?

Ella enrojeció y crispó las manos entrelazadas. Sumisamente dirigióse hacia la puerta, pero se Interrumpió al oír la voz de Bart:

—Intercedo por ella, jefe, te cuidó durante tu enfermedad como nadie habría sabido hacerlo. Y a mí me ha sido muy útil aconsejándome cosas que no habría atinado yo solo en realizar.

Gars "El Albino" recorrió con sus acerados ojos rojizos devueltos a la normalidad los semblantes del bretón y de Garce.

—¡Ah!...—limitóse a decir—. Bien, continúa, Bart, y tú... puedes quedarte, Garce.

Relató el segundo cuantas medidas había tomado. Al fin de su relato, Gars "El Albino" tendió la diestra, que el bretón estrechó efusivamente.

—Supe elegirte por lugarteniente, bretón. Vamos a cubierta; quiero ver mi nave surcar el mar. Puedes acompañarnos, Garce.

Los silbatos de los contramaestres restallaron; los tacones entrechocaron, y, firmes los corsarios que a bordo habían quedado, vieron desfilar ante ellos a Gars "El Albino", erguido, ceñudo y prietos como siempre los delgados labios enérgicos.

Subió Gars en el puente de mando, miró unos instantes a todos los hombres disciplinados en rectas hileras sobre cubierta, y miró después el mar. Por fin, dió una sonora palmada.

—¡Posición de reposo! He estado enfermo y he sabido que mientras mi lugarteniente me ha relevado han ocurrido novedades. En todas ellas Jan Bart ha cumplido como yo mismo le habría ordenado. Nuestra misión es apresar el Pirata Negro y regresar a Francia. La cumpliremos.

Tras Gars "El Albino", Jan Bart y Garce procuraban no mirarse dé soslayo. Eran plenamente felices.

—Pero antes de anclar de nuevo cerca de la costa, quiero que se verifique el castigo de uno de vosotros que osó acusar a mi secundo del más horrible de los crímenes entre nosotros. ¡Contramaestre de turno! Maniatad a Robert "Le Poisson" y que sea colgado de la verga mayor por haber osado calumniar al hombre que, por ser mi segundo y elegido por mí, está por encima de toda calumnia. He dicho. Que justicia sea hecha.

Cuando Robert "Le Poisson" pataleaba al extremo de la soga de cáñamo, Gars "El Albino" señaló al ajusticiado.

—Ahí lo veis, corsarios. Igual castigo tendrá quien yo sepa se atreva a propalar calumnias. Sea quien sea el que durante mi enfermedad haya propalado calumnias contra quien me representaba en el mando por mi propia voluntad, será colgado de la verga mayor. He dicho.

Capítulo VII

La selva sangrienta

Anclado en las calmosas aguas de la bahía el “Aquilón" semejaba presenciar la afanosa actividad con la que sus tripulantes, convertidos los unos en improvisados leñadores, cepillaban leños, mientras otros tejían lianas en tupidas mallas.

Los artilleros cebaban ventrudos barriles de dos arrobas aproximadamente de capacidad, con pólvora, guijarros puntiagudos y pedazos de hierro herrumbroso y retorcido.

Una vez cerrados los barriles, sólo quedaba el orificio por el que salía la mecha que había de prender fuego a los especiales “cucuruchos” del Pirata Negro.

Éste, sentado en un banco de madera, contemplaba la labor, y por tácito, aunque callado, deseo de sus hombres, permitía que “Piernas Largas”, adosado a una palmera, entonase coplas de loa al mosto y el combatir.

Fué rondando el mediodía cuando, corriendo como cervatillo perseguido por trasgos infernales, arribó sudoroso y exhausto el pirata Juanón.

Corría con tanta celeridad y estaban sus ropas tan desgarradas y polvorientas, que los restantes piratas interrumpieron sus trabajos para avizorar intrigados el mofletudo semblante colorado de Juanón.

—¡Mándame azotar. señor! ¡Ordena que me den colgadura como a pellejo vacío de vino agrio! exclamó Juanón arrojándose a los pies del Pirata Negro.

—¡A fe mía que ganas me vienen de acatar tus deseos, bellaco!... ¿De cuándo acá un hombre de pelo en pecho habla de rodillas? En pie y cuéntame tus cuitas.

—Me pillaron por sorpresa, señor. Eran muchos y me llevaron al rubio de ojos azules, que me miró el cinto y dijo algo en su lengua de salvaje. Pero ella, la mujer de labios de grana y lunar rojo como sus ojos, me hizo colocar de espaldas contra un madero erizado de larzones y puso en mis carnes la punta de una espada. Me preguntaba cosas hincándome la espada, aquí, ¿ves, señor?, y aquí, ¿te das cuenta, señor? Pero yo no dije esta boca es mía; grité, eso sí, pero era para insultarles e infundirles pavor.

—¿Y cómo lograste escapar de tan espeluznante tragedia, borrico?

—Ahí es donde no caigo, señor. La mujer de mirada diabólica estaba dispuesta a ensartarme, pero el rubio intervino y habló cosas que no entendí. Me soltaron, tumbé a varios y repiqueteé con mis tacones en mis propias posaderas... hasta llegar aquí.

—¿Dices que mujer de labios de grana, lunar rojo y mirada diabólica? Así te miraría a ti, bergante. Pero veo que ella hizo caso de mi lección. No me entiendes, ni falta que te hace. ¡Valiente espía estás hecho! ¿Por qué crees quo te soltaron? ¿Porque les asustaste a gritos? No, Juanón bellaco; el motlvo por el que te liberaron del ronzal está claro como el día que nos alumbra.

El Pirata Negro se puso en pie, llamando con voz estentórea:

—¡"Cien Chirlos"! ¡A caballo! Llévate los seis mejores de mis valientes. No regreséis hasta traerme a los corsarios que puedan haber seguido a este frailón gordo.

Siete piratas galopando desenfrenadamente desaparecieron costa abajo.

—Te soltaron, seboso Juanón, porque leyeron el miedo en tu faz de luna y comprendieron que no resultaría difícil seguirte y averiguar mi ancladero.

—¿Estás enfadado conmigo, señor? —preguntó Juanón, compungido.

—Más me hubiera enfadado quizá el que te convirtieran en pasto de cuervos.

Y con alegre carcajada el Pirata Negro propinó un rudo empujón al gordo pirata, que sonrió agradecidísimo a aquella muestra de afecto.

—Anda, bergante. Ayuda a los que rellenan barriles. Suda tus sebos... para que otra vez puedas correr aún más ligeramente.

* * *

Al galope de su caballo, “Cien Chirlos" iba girando la cabeza para acechar los senderos de la costa que desde de la altura divisaba. Cuando percibió una sombra huidiza tratando de agazaparse por entre Ios matorrales y hurtarse al sol delator, "Cien Chirlos” rió satisfecho. Y la risa convirtió su rostro corcusido en una horrible máscara de gárgola.

—¡Seguid avante por si hay más pajarracos!—gritó a sus hombres.

Espoleando su corcel, descendió por la ladera a un galope suicida. Quimper, el corsario mandado a seguir los pasos de Juanón, aprestóse a la lucha. Comprendió que había sido visto y apuntó cuidadosamente al huracán montado en blanco potro andaluz que acercábase a él con estremecedor retumbar de cascos.

El disparo partió de la pistola de Quimper, pero ya el bruto, encabritado y ladeado por salvaje torsión de riendas, se abalanzaba de costado sobre el corsario.

Una masa carnosa y muscular pareció rebotar de la silla al aire para abatirse pesadamente proyectado sobre el corsario. Rodaron ambos hombres por el suelo, fundidos en estrecho abrazo mortal.

El corto cuchillo de ancha hoja del corsario perforó el aire hincándose en la espalda de “Cien Chirlos”; pero como a la vez Quimper recibía en su flanco una honda puñalada, la herida que el bretón asestó mortalmente fué poco profunda y debilitada por la feroz acometida del lugarteniente del Pirata Negro.

“Cien Chirlos” repitió su puñalada favorita por tres veces, levantando y bajando el brazo armado a veloces impulsos. Quimper quedó boca arriba, sin vida, con los brazos en cruz.

“Cien Chirlos” arrodillóse y, torciendo la cintura, levantó tras su espalda el el brazo hasta quitar de su herida el cuchillo de Quimper, que lanzó con todas sus fuerzas contra el pecho del muerto. T

—¡Tuyo era! ¿Corsarios a mí?— masculló torvamente el pirata.

Y sin cuidarse de la herida sangrante, montó de nuevo, azuzando bestialmente su montura en pos de los seis restantes piratas que galopaban cuesta abajo. Pronto estuvo a la cabeza de ellos, y un minuto después alzaba la mano en señal de frenar la galopada. Señaló a lo lejos, por donde entre verdes setos destacábanse a trechos rayas blancas y rojas.

—Ahí van más “infelices” — dijo “Cien Chirlos”—. Siete... ocho... Suman diez. ¿Hábéis visto, qué presumidos son? Diez corsarios atreverse a rondar por donde está “él” y donde estoy yo.

—Y nosotros, en especial yo—añadió “Piernas Largas”.

—¡Silencio cuando hablo yo!—rugió “Cien Chirlos”—. Diez son. Bastará con que queden una pareja para llevárselos como muestra a “él”. Tres de vosotros al flanco de tierra, otros tres rodeando para impedirles retirarse. Y yo les saldré al encuentro... para asustarlos.

—Bastará con que te vean el hocico —dijo “Piernas Largas”, que, picando espuelas, alejóse con los demás.

Realmente, diez corsarios eran pocos para siete piratas de Carlos Lezaama. Siste piratas que montados en espumeantes potros veloces y emcabritándose, desde distintos lugares cayeron como aluviones de acero encima de los reunidos corsarios, que intentaron defenderse formando un cuadro erizado de sables.

Desde sus monturas, los piratas blandieron sus pesados sables de abordaje, y los gritos encorajinados de “Piernas Largns” y los recios mandobles incansables de “Cien Chirlos” crearon una sinfonía pavorosa de sangre y ferocidad.

Tuvo que ser “Cien Chirlos” el que, separando a puñadas a “Piernas Largas”, impidiera que los dos corsarios supervivientes fueran rematados por el andaluz.

—¡“El” querrá quizá hablarles en afrancesado¡—gritó “Cien Chirlos”.

Y el lugarteniente del Pirata Negro ató sólidamente a uno de los corsarios a la cola de su caballo. “Piernas Largas” hizo lo mismo con el otro.

—Alarga las patas, corsario, que vamos a galopar! —gritó “Cien Chirlos” espoleando su potro.

Y al ver como el prisionero, medio a rastras, medio on pie, seguía corriendo a la fuerza tras el brioso caballo, “Cien Chirlos” comentó, satisfecho:

—¿Veis, pollinos?— tomó por testigos a los seis piratas—. Siempre dijo que el español era lenguaje que todos comprendían... hasta esos mismos corsarios franchutes.

* * *

Gars “El Albino” hízose repetir de nuevo en el camarote las medidas que Jan Bart habla tomado para descubrir el escondrijo del

Pirata Negro, que reputaba lógicamente cercano.

—Bien está, Jan— aprobó el jefe corsario. Pero debemos terminar pronto con esta misión. Ten en cuenta que el español estará prevenido y es no solo audaz, sino temerario. En evitación de que los veinte hombres que has mandado repartidos al Norte y al Sur caigan en alguna emboscada, trabaremos contacto con ellos, por escalonados destacamentos. Manda veinte más al Sur, y tú, con otros veinte, sigue la costa por el Norte, Dentro de tres horas mandaré otros veinte a cada rumbo, y así estaremos a cubierto de sorpresas.

—De acuerdo, jefe. ¿Y si hallo el paradero del Pirata Negro?

—Destaca un enlace y acudiré con el grueso de las fuerzas.

Jan Bart saludó disciplinadamente y salió del camarote.

Cuatro horas después un contramaestre subía al puente de mando y, cuadrándose ante Gars, aguardó en posición de firmes.

—¿Qué novedad?

—Es un informe grave y privado, señor, el que os tengo que comunicar. De hechos ocurridos durante vuestra enfermedad.

—Habla, picardo.

—Cuando vuestro lugarteniente, ordenó ahorcar a Ivón y cortar la lengua de Koberl “Le Poisson”, ocurrió un incidente que creo ignoráis. Hubo alguien que manifestó en voz alta frases que, además de injuriosas, atentaban a la disciplina de abordo.

—Robert “Le Poisson” ya ha sido ahorcado.

No fué él solamente, señor. Hubo otra persona que acusó a vuestro lugarteniente de traición y de incitación al motín, diciendo también que si hacía ahorcar a Ivón y enmudecía a Robert era para impedir que a vuestros oídos llegasen estas informaciones.

Jan Bart pidió nuestro juicio y todos a una rechazamos tal calumnia. No hicisteis, más que dar fe de lo nadie puede dudar. ¿Y quién fué este rebelde deslenguado?

—Veréis, señor. Temo...

—Habla. El temor, aunque sea ante mí mismo, es palabra que no existe a bordo de la “Vengeance”.

—Fué... vuestra hermana. señor.

Gars “El Albino” frunció las cejas y paseó unos instantes por el puente de mando, con las manos cruzadas a las espaldas. Con un enérgico movimiento del mentón despidió al contramaestre picardo.

—Es extraño—murmuró a solas el albino—. Hubiese jurado que ella y Bart se amaban...

Descendió a su camarote, pero antes golpeó en la puerta tras la que Garce se alojaba.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Jan?—preguntó la voz de ella.

—Ven n mi camarote—replicó secamente Gars.

Ella vino presurosa, y Gars "El Albino", sentado, la examinó lentamente sin pronunciar palabra. Reconocía con experta sagacidad que existía algo nuevo en la mujer que ante sí tenía. Una inexplicable transformación que, borrando de los labios antaño lívidos la mueca de hostilidad y amarga envidia, convertía Ios labios ahora intensamente rojos en fresca pulpa cándida. Y los cabellos antaño descoloridos y envejecedores, semejaban ahora bella peluca rizada, a la usanza de las cortes. También las cejas negras y los sombreados párpados aunados al lunar rojo daban un encanto provocativo al semblante de Garce. Pero, dejando aparte los atractivos físicos que descubría Gars desde que recuperó el juicio, había algo que no tenía presencia física, y que nada tenía que ver con el estatuario cuerpo revestido por el negro terciopelo.

Era algo inmanente que resplandecía en los ojos de Garce. Un suave destello de contenida felicidad íntima que dulcificaba la expresión del bello semblante, aumentando la belleza ignorada de la que antes, por albina y amargada, repelía.

—No quise venir antes a verte, hermano, porque no quiero molestarte. Pero me agrada que te acuerdes de mí...

—Quizá no te agradará cundo sepas por qué te he llamado.

—Eres mi hermano y de ti ningún mal puede venirme.

—¿Qué pasó la noche en que Bart mandó ahorcar a Ivón y deslenguar a Robert "Le Poisson"?

Garce bajó los párpados y sus labios temblaron. Hubo una pausa de silencio y al fin irguió la cabeza, pero sin reto.

—Debes saberlo, Gars. Yo entonces... entonces no sabía ser mujer ni conocía más sentimiento bueno que el cariño que por ti tengo.

—No necesito tu cariño ni quiero ni quiero oir estupideces. Pido que me digas lo que pasó.

Ella enrojeció, pugnando por contener las lágrimas que sentía la escocían en sus ojos.

—Odiaba a Jan porque le reprochaba que él me robase tu afecto. Comprendeme, hermano; a nadie hasta entonces había tenido para poder descansar de mi continua pena por...

—He dicho que no quiero oír estupideces ni sensiblerías sin motivo, puesto que tú y yo somos hermanos por un capricho de la Naturaleza. Pero estamos a bordo de una carabela del Rey y tú eres una persona más de la tripulación. ¿Qué fué lo que dijiste?..

—Dije—empezó ella a. hablar monótonamente, arrugada la frente en penoso esfuerzo—que Jan Bart intentaba apoderarse de la nave y traicionarte. Y que por eso mandaba ahorcar a Ivón y cortar la lengua de Robert para evitar que ellos dos pudieran hablar.

—Lo sabía ya. Lo que no comprendo es por qué él no te mató.

—Dijo que no lo haría en consideración a que yo era tu hermana.

—Mal hizo. A bordo no hay parentescos ni debilidades.

Gars “El Albino” se levantó pausadamente, acercóse a su hermana y con brutal frialdad la abofeteó. Ella cayó sentada en un escabel, y, ocultando el rostro entre Ias manos, sollozó mansamente.

—Me lo merezco— dijo entrecortadamente—. Me lo merezco por haber sido tan mala hasta el punto de acusar a un hombre tan leal como Jann de cosa tan horrenda.

Gars “El Albino” aplicó a sus labios el silbato de órdenes. Instantes después un contramaestre saludaba en el umbral,

—Formación a bordo—ordenó secamente Gars.

—¿En revista? ¿En ejercicio armado?

—Destocados. Para presenciar una ejecución—dijo fríamente Gars—. Que el verdugo anude la soga y aguarde al condenado a muerte por horca.

El contramaestre desapareció rápidamente. Garce levantóse tambaleándose, con el semblante despavorido y los ojos desorbitados.

—Pero... ¡Gars! ¿Qué quieres decir con...?

—Lo que he dicho. A bordo está castigado con la pena de muerte el delito de sedición y el de calumnia contra jefe. Calumniaste a Jan Bart y has de morir.

—Gars...—y ella arrodillóse abrazándose a las piernas del Jefe corsario—. Somos hermanos... Crecimos juntos... Nadie nos quería; todos nos insultaban lanzándonos piedras como a perros sarnosos...

Sólo tu y yo podíamos juntos...

Gars “El Albino” avanzó la rodilla despidiendo de espaldas al suelo a su hermana. Volvió a silbar.

—Lleváosla—ordenó a los dos corsarios que entraron—. Izadla a la torreta de cofa.

Ella abalanzóse contra el pecho de su hermano.

—¡Gars! Ahora... ¡no puedes, no debes hacer eslo!

—¿Quién podrá Impedírmelo?

Nadie. Pero....Jan y yo nos amamos dijo ella, llorando.

—Lleváosla.

Los corsarios tiraron de los brazos de Garce. Ella antes de salir, dijo sólo:

¿Nunca fallaste tú a tus obligaciones? Y tú eres hombre avezado a disciplinas; yo no...

—¡Lleváosla! — rugió Gars, avanzando amenazador.

Antes de desaparecer de su vista, Garce gritó:

—¡Que nunca tu conciencia te enloquezca, Gars!...

Gars “El Albino” tardó unos instantes en subir a cubierta. La penúltima frase de su hermana le recordaba que él había faltado a su deber cuando, en vez de llevar presa a la “Bella Corsaria”[3], Jacqueline de Brest, la había obligado a matarse.

Subió erguida la cabeza y rígido el cuerpo hasta el puente de mando. Contra el cielo azul y diáfano se destacaba en lo alto de la verga mayor, en la pasarela de la torreta de cofa, la figura de un corsario sosteniendo el lazo corredizo que pendía lúgubremente.

A su Iado, maniatada y sostenida por un hombro por la otra mano del verdugo, Garce miraba hacia lo alto. De sus ojos fluían lentas lágrimas y sus labios susurraban un nombre que sólo el verdugo oía:

—Jan... Jan...

Gars “El Albino miró a los corsarios formados en hileras, destocados y en postura de firmes. Cinco corsarios llevaban en bandolera al cuello los tambores de parada marcial.

—¡Atentos, hombres de la “Vengeance”¡—gritó Gars “El Albino”—.

A bordo de mi carabela sólo hay una ley la misma ley para todos. Si Robbert “Le Poisson” fué ahorcado por sedición y calumnia, igualmente ha de ser ahorcada la mujer que por estar a

bordo es un tripulante más. En nombre del Rey ordeno que la llamada Garce sea ejecutada. He dicho.

Silbó brevemente en su silbato y los tambores redoblaron. Los ecos de los parches en sus lentos repiques fúnebres no ahogaron la voz de Gars "El Albino" cuando al levantar la cabeza gritó:

—¡Verdugo! ¡Cumple tu oficio!

* * *

Jan Bart, al frente de veinte corsarios, avanzaba por la selva lindante con la costa y en dirección Norte.

Había dispuesto que los veinte corsarios se abrieran en ancho abanico de exploración para evitar que en masa fueran atacados con desventaja por posibles avanzadas piratas.

Llevaban hora y media de marcha a largo paso, cuando Jan Bart levantó la diestra en orden de detención. Los corsarios fueron repitiendo el mudo ademán y quedaron inmóviles doblados por la cintura pura no ser vistos.

Jan Bart examinó fríamente los amontonados cadáveres de ocho corsarios ensangrentados. Con la punta de la bota fué dando vuelta a los muertos, comprobando sin necesidad de agacharse que todo resto de vida había huido de aquellos hombres enviados a descubrir el escondrijo del Pirata Negro.

Atrozmente surcados por hondos tajos anchos y cribados a puntarazos, ostentaban todos los cadáveres la característica marca mortal de la temible arma pirata: el sable de abordaje, distinto del corsario, en que su punta estaba agudizada al fuego y con piedra.

Jan Bart dió mudamente la orden de marcha; pero sus ademanes fueron imitados por todos los corsarios que componían su fuerza.

Desenvainó la espada, mientras en la zurda amartillaba la pistola. Inclinado y andando rápidamente, sus gestos de precaución fueron reproducidos por los veinte corsarios.

El avance continuó deprisa y cauteloso. En la selva sangrienta donde por las noches vagaban fieras en busca de su alimento, ahora veintiún hombres iban dispuestos a convertirse en fieras humanas, ya excitados sus salvajes instintos por el olor fétido de los cadaveres que tras ellos dejaban.

Media legua mas allá otro corsario tropezó con el cuerpo sin vida de Quimper…

Siguió el avance hacia la cercana playa, donde tenía instalado su

cuartel de guerra el Pirata Negro.

Capítulo VIII

La justicia del Pirata Negro

"Cien Chirlos" detuvo en seco su caballo, que, levantándose de manos, lo desmontó. Los restantes seis piratas hicieron lo mismo en la playa, donde los barriles repletos y cerrados, los troncos convertidos en maderos oblongos y socavados por un extremo, y las lianas entretejidas, demostraban que los preparativos del combate final estaban ultimados.

"Cien Chirlos" destrabó la cuerda que mantenía al atado corsario al penacho de la cola del caballo, y tirando de la cuerda arrastró al desfallecido y macilento corsario hacia donde se hallaba sentado en el barco el Pirata Negro.

El leopardo bostezaba lánguidamente echado sobre sus cuartos traseros, con la testa erguida y junto a la bota derecha del Pirata Negro.

"Piernas Largas" arrastró también a su prisionero, y ambos corsarios, con los pies destrozados por los guijarros del camino costero y el raudo tren al que habíanse visto obligados a seguir el galope de los caballos, cayeron al suelo anto el Pirata Negro.

—Los dos que han quedado vivos— dijo "Cien Chirlos". Sumaban once, señor. Te traje esos dos por si querías interrogarlos.

—Sangras por la espalda, guapetón —advirtió el Pirata Negro señalando las gotas que resbalaban de las ropas de "Cien Chirlos" empapando la arena de la playa.

—El primero que encontré, señor. No repetirá. ¿Qué hacemos con esos dos?

—Siete salisteis, siete volvéis. Matar en lucha franca es nuestra profesión, "Cien Chirlos". Abrir brechas en cuerpos indefensos es labor de matarifes. Quitadles las ligaduras a esos dos despojos.

¡Presto!

Trabajosamente se pusieron en pie los dos corsarios liberados.

—¿Vuestro jefe sigue con insolación?— preguntó en francés Lezama.

Los dos corsarios no apartaban la vista del leopardo, que les miraba con indiferencia. Imaginaban que aquel atezado pirata español les había liberado para entretenerse viéndoles despedazar por la fiera.

—Sigue... enfermo...—balbució uno.

—Podéis iros. Igualmente moriréis en temprana hora. ¡Largaos!

Los dos corsarios iniciaron un temeroso retroceso. No dejaban de mirar hacia "Satán", que relamíase indiferente y sin tener conciencia de que los lametones que se prodigaba en los belfos rojos imprimían sacudidas de pánico en los dos corsarios.

De pronto, desde lo alto de una palmera, un pirata voceó:

—¡Veinte corsarios al acecho avanzando hacia aquí!

El Pirata Negro saltó en pie, corriendo hacia la palmera de donde el vigía había dado la alerta. Trepó por el tronco con agilidad simiesca. "Satán" distendió sus largos músculos y, tras él, aplastóse de un salto contra el tronco, ascendiendo a impulsos horizontales.

Carlos Lezama, entre las anchas hojas de palma, enfocó el largavistas hacia el lindero de la selva con la costa. Instantes después descendía saltandó a la arena con acrobático rebote. A sus espaldas, "Satán" hincó las zarpas en la arena.

—Veintiuno son, mis valientes. Van dirigidos por un musculoso y elegante bretón de rubio mostacho y azules ojos que viste ropa de jefe. Nadie lo toque porque me pertenece. A los demás, abridles brechas y que queden para siempre jamás tiesos. Deben llevar mucho tiempo andando encorvados, y es ejercicio que fatiga. ¡A caballo, mis valientes! ¡Avante y sus a ellos!

Jan Bart percibió el raudo galope que se acercaba. Serenamente levantó la mano que esgrimía la espada.

—¡Doble paga y ascenso al que apresé al Pirata Negro! ¡El que va en cabeza!

Los piratas habían elegido, a medida que galopaban, a sus próximos adversarios, y los gritos de "Cien Chirlos" precedieron a la toma de contacto.

Dos piratas cayeron desensillados por certeros balazos. Tres

caballos se encabritaron por vez postrera al recibir en sus vientres los plomos destinados a sus Jinetes. Arrojándose de las sillas, los piratas caían haci adelante, presentando ante ellos las hojas de sus sables. Entrechocaron en distintos y apartados lugares de la selva con sonoros cintarazos metálicos los sables enemigos.

Jan Bart avanzó corriendo hacia donde el Pirata Negro desmontado y espada en mano, aguardaba reclinado en la linde de la selva con la playa sombreada por una gran palmera.

—Una vez me ofreciste tu vida, bretón. ¿Vienes a renovar tu ofrecimiento?—inquirió riendo burlónamente.

Abalanzóse Jan Bart asestando dos rápidas y consecutivas estocadas que el Pirata Negro paró, devolviéndolas con más vigor aún.

La matanza adquiría ya su punto culminante. Los pocos corsarios que quedaban en pie defendíanse encarnizada y ferozmente con las últimas y desesperadas energías de los que saben su muerte inevitable.

Jan Bart retrocedió a saltos ante la serie sucesiva de mandobles que con toda la fuerza de su brazo le dirigió el Pirata Negro.

—Buena espada eres, bretón. ¿Quieres algún encargo para Gars "El Albino" Dilo pronto antes de morir…

Jan Bart defendíase enérgicamente y con diestra habilidad, Pero él mismo comprendió que sólo podía defenderse… hasta morir. Era imposible torcer la hoja de acero que en raudos molinetes le amenazaba por lodos sitios.

—Gars está bien ya—jadeó, parando una estocada y alzando la cazoleta de la espada adversaria—. El te matará y sabrá vengar mi muerte.

—¿Ningún encargo más?—preguntó el Pirata Negro, a la vez que empujaba la empuñadura de la espada de Bart apartando al bretón.

—Dile… dile a Garce que su imagen ha sido la última en mi mente.

Se lo diré. Palabra de pirata.

Y abrevio, porque tengo ahora más prisa que nunca. Para en cuarta, redobla en sexta fué cantando Carlos Lezama a la usanza de los profesores de esgrima, mientras asestaba los golpes que anunciaba.

Alrededor de los dos duelistas, en la playa, un semicírculo de piratas, terminado el combate, presenciaban mudamente el espectáculo que tanto les agradaba: ver a su jefe manejar la espada… y ver pronto un cadáver más.

—¡Finto al flanco! ¡No pares, bretón! ¡Cuartea en quinta! ¡Dura carne tienes, diablos!

Y al terminar su última exclamación, la espada del Pirata Negro se hundió en el brazo derecho del bretón, que a efectos de la recia estocada, se tambaleó hacia atrás, cayendo de su brazo inerte y colgando la espada. Pero Jan Bart recogió con el brazo izquierdo la espada y dirigió un altibajo a su enemigo.

Paró Lezama la fuerte amenaza, y doblando el cuerpo torciendo la cintura, levantó hacia arriba la espada de Bart, haciéndosela saltar de la mano zurda.

—¡Sujétalo, “Cien Chirlos”! — ordenó.

Su lugarteniente no se lo hizo repetir dos veces. Abalanzóse por la espalda encima del bretón, que desangrándose por el brazo perforado de parte a parte, quedó inmovilizado entre los voluminosos bíceps de “Cien Chirlos”.

—Llévatelo a la cala del “Aquilón” y encadénalo. Tú, Juanón, cúralo, ¿me has oído, gordinflón? lo curas como a mí mismo y me respondes de él.



Jan Bart retrocedió a saltos ante...

Envainó la espada Carlos Lezama y sonrió mirando a Jan Bart.

—Aunque corsario, eres hombre leal y valiente, bretón. Creo podrás servir de amoroso hermano para mujer a quién falta le hace un poco de cariño y un mucho de ternura. Y más falta le harás, puesto que Gars, “El Albino” ha de morir. ¡Llévatelo, “Cien Chirlos”! Regresa enseguida, A bordo sólo Tichli en cubierta junto al timón aguardando, y en la cala Juanón curando al bretón y respondiéndome de él.

* * *

En la playa reunió el Pirata Negro a sus treinta y ocho hombres. Seis habían hallado la muerte en la reciente lucha contra los cosarios.

—Cargad sólo los barriles. Uno por grupa y antes prefiero que caiga el jinete que el barril. Catapultas y lianas no pueden ya ser transportadas porque mucho tiempo perderíamos. Gars, “El Albino”, está ya en condiciones de recibir mi visita. Os explicaré el plan del combate que vamos a llevar a cabo. Cabalgaremos por lo alto de la cordillera repartidos en grupos de a cinco. Distanciados de dos en dos leguas, cavaréis rápidamente las “trampas mecheras” eligiendo bien el lugar. Tras ellas provocaréis el ataque de los corsarios que al veros sólo en número escáso acudirán rabiosamente. La señal del ataque de atracción que verificaréis con disparos, quedando inmóviles tras las “trampas mecheras”, será el estallido de un “cucurucho”. Mi barril, que os advertirá el momento en que debéis disparar todos desde vuestros lugares distanciados el plomo de vuestra pistola. ¡En marcha! ¡Podéis reventar los pencos, porque regresaremos a pie si es preciso! ¡Avante!

Desde el timón del anclado velero, Tichli, el hercúleo negro cubano, vió partir la tropa pirata. Sonreía complacido porque le deleitaba el ver no sólo el salvaje espectáculo de las monturas relinchando espoleadas sin piedad, sino también la magnífica estampa del leopardo avanzando a largos saltos felinos tras los cascos del caballo montado por el Pirata Negro.

“Satán” aceleró sus acompasados saltos hasta colocarse al costado del potro que conducía a Carlos Lozama. Media hora después, “Satán” deteníase con los flancos elevándose y pegándose a sus costillas, y las fauces abiertas en estertores de aspiración de aire.

Los piratas descabalgaron y entre la tupida vegetación de

aquella ladera del monte pudieron divisar la silueta de la carabela anclada.

—¡Al trabajo, mis valientes! Desgajad ramas, afilad sus puntas y a cavar los hoyos que sepultarán carne de corsario. ¡Apremiad la labor, que me urge saludar a Gars, “El Albino”!

Las “trampas mecheras” iban siendo preparadas a distancias intermitentes de dos leguas. Hoyos estrechos y hondos que profundizaron con el sudor resbalando por sus rostros grupos de cinco piratas. Cuando el hoyo estuvo terminado, echaron en su interior cinco barriles en cada “trampa mechera”; los barriles repletos de metralla bajo forma de guijarros puntiagudos y hierros retorcidos. El resto de pólvora estaba en contacto con un extremo de la larga mecha, cuyo otro extremo mantenía un pirata.

Los lugares elegidos fueron revistados por el Pirata Negro, que aprobó la elección. Eran lugares de estrechos senderos y por tanto paso obligado de fuerzas atacantes.

Fué presenciando también el Pirata Negro cómo todos los fosos en cuyo fondo se hallaba la mortífera carga eran cubiertos por enramada entrelazada formando un débil suelo que quedó disimulado, así como la tierra recién removida, con hojarasca seca.

Tras cada “trampa mechera” se arrodillaron cinco piratas, preparadas las pistolas y desnudos los sables ante sus rodillas.

El Pirata Negro cargó sobre su hombro un barril y fué descendiendo por la ladera. Tras él, “Satán”, recuperado ya el ritmo normal de su respiración, alargaba el paso para seguir la apresurada zancada del Piráta Negro.

La playa estaba ya cercana cuando depositó Carlos Lezama el barril en el suelo. Divisó en la arena grupos de corsarios... Volvió la cabeza describiendo un semicírculo que abarcaba los seis lugares donde agazapados aguardaban sus piratas la orden de fuego.

Frotó una yesca contra una piedra pedernal y prendió la chispa en la mecha. Lamió el punto rojo el suelo hasta irse elevando... Cuando la llama rozaba el borde de la cubierta del barril, levantólo el Pirata Negro sobre su cabeza e impulsándolo, lo arrojó lejos de sí.

El estruendo de la explosión comunicó en el lomo de “Satán” temblores de excitación y en sus pupilas brilló una repentina alarma. Coincidiendo de seis lugares de la ladera distanciados dos leguas entre sí, crepitaron los disparos...

Desde la playa, aumentados por el eco de la bahía, retumbaron a la vez la explosión y los disparos...

El Pirata Negro lanzó una alegre carcajada burlona, mientras, espada en mano, salía de entre los troncos camino de la playa.

—¡Mis cuernos «le caza, Gars!—gritó estentóreamente.

El leopardo, gruñendo sordamente, echó a andar tras él.



El verdugo acercó el lazo corredizo al cuello de Garce. Los tambores repicaban lúgubremente...

En el puente de mando, impasible, sin sentir en su alma ningún reproche, porque tenía la certeza de cumplir con su deber de corsario, Gars “El Albino” aguardó el instante en que su hermana quedara suspendida de la soga que había de poner fin a su vida.

Pero inesperadamente, la quietud del soleado día sólo turbado por el redoblar de los tambores, vióse quebrada por un horrísono estallido estruendoso que levantó en la playa nubes de arena.

En la ladera del monte y desde distintos lugares, partieron las explosiones de disparos...

—¡Zafarrancho de combate en tierra!—gritó Gars “El Albino”—. ¡Sólo los artilleros de babor a bordo!

En la cubierta hasta hacía unos instantes ocupada por hombres inmóviles en la posición de firmes, reinó de pronto una agitación disciplinada. Los silbatos de los contramaestres reunían y convocaban a sus grupos de choque. Las lanchas eran arriadas velozmente, chocando con el agua fragorosamente. Y los grupos de combate remaron hacia la playa, desembarcando y desparramándose corriendo tras sus contramaestres.

El “ataque de atracción” continuaba. Renovada la carga de las pistolas, los piratas cumplieron su misión. Dispararon de nuevo para indicar, sin lugar a dudas, la posición donde se hallaban.

Los contramaestres fueron distanciando sus grupos de ataque, y divididos en secciones de veinte hombres, iniciaron el ascenso de la loma, yendo hacia los puntos de donde partía el ataque.

De pronto restallaron rasgando el aire las retumbantes explosiones de los ocho cañones de babor de la carabela “Vengeance” disparados en simultánea andanada.

Tras los artilleros que cargaban de nuevo sus piezas, Gars “El Albino” daba la orden de fuego Mientras su silbato guiaba con

repetidos toques a los grupos de combate en tierra.

Los seis largos silbidos, repetidos tras una pausa, aceleraron la marcha de los grupos de choque.

—¡Sofocar los núcleos atacantes!— ordenaban los seis estridentes y largos silbidos.

En lo alto de la torreta de cofa, Garce sintió en su cuello el roce de la áspera cuerda de cáñamo. Cerrados los ojos pensaba sólo en la inefable sensación de ansia de vivir que le había deparado la mirada amorosa de Jan Bart, el hombre que ya no volvería nunca más a ver.

El verdugo tardaba en cumplir su cometido. Abrió ella los ojos al oírle hablar con un corsario que acababa dé trepar por las escalas de cuerda hasta la elevada torreta.

—¡Gars ha ordenado el aplazamiento de la ejecución!— decía el recién llegado.

El verdugo volvióse de espaldas y quitó el lazo del cuello de Garce. Sonó un pistoletazo... y el verdugo se abatió de bruces contra el reborde de la torreta, vaciló unos instantes y al fin cayó dando volteretas mortales aplastándose contra la cubierta.

El disparo en medio del fragor del combate trabado sólo había sido oído por Garce, que miró estupefacta al desconocido corsario. Un rostro rubicundo e hirsuto de azules ojos.

—Gars no ordenó nada, novia de Jan— habló el corsario con marcado acento bretón—. Soy hombre de la confianza de Jan y cuando éste salió de la carabela hace horas me dijo que me cuidara de vigilar por ti. Y me dijo también que tú serías su novia. Antes no pude hacer nada contra las órdenes de Gars.

—Pero... ¿dónde está Jan? El sólo puede salvarme, bretón. ¿No ves que cuando el combate termine te ahorcarán a ti también?

—No. Un pistoletazo en un combate no tiene autor. El verdugo pudo caer muerto de bala atacante. Y si Jan viene pronto él se las entenderá con Gars porque si bien tu hermano es el jefe, tú has de ser novia dé Jan.

* * *

Carlos Lezama, oculto a la vista de la carabela por el ancho tronco de un cedro aguardaba el momento final en que las explosiones le advirtieran que había llegado el momento de enfrentarse con Gars “El Albino” sin sucumbir en el intento.

Diez artilleros y Gars no eran demasiado enemigo para él y "Satán" que seguía gruñendo con irritación, erectas las orejas y excitada su piel por el humo de la pólvora y las estruendosas salvas artilleras.

* * *

"Cien Chirlos" consideró que eran poco los disparos para atraer a los corsarios, que, para su propia opinión, tardaban ya demasiado.

Y "él", como siempre, hallábase solo en la playa, dispuesto seguramente a cometer alguna "imprudencia".

"Cien Chirlos" sacó a relucir lo más selecto de su repertorio en palabras malsonantes, mientras brincaba sobre sus pies agitando los brazos para que le vieran los corsarios.

—¡Ya me han visto!—exclamó satisfecho cuando un balazo derribó su asqueroso chambergo y otro más atinado llevóse de su hombro un trozo de tela sanguinolenta y un pingajo de carne.

Tendióse al suelo sosteniendo entre los dientes su curvo sable de abordaje. Ofrecía un aspecto repulsivo, pero los corsarios vieron sólo a cinco hombres y aullando de fiebre homicida avanzaron corriendo los veinte por el estrecho sendero.

Nuevos disparos de los piratas impidieron a cuatro corsarios llegar al suelo falso donde de pronto se hundieron los restantes.

"Cien Chirlos" no aguardó a más. Saltó en pie y bajó a saltos la ladera dirigiéndose al lugar donde estaba el Pirata Negro.

A sus espaldas retumbó el fragor subterráneo que semejaban anunciar que la tierra se abría y volaron por los aires fragmentos astillados, negro humo, terrones herbosos y miembros humanos despedazados.

A esta primera explosión que ahogó las andanadas artilleras de la carabela, fueron casi simultáneamente sucediéndoles otras cinco, explosiones.

El ardid pirata inventado por Carlos Lezama había sido realizado en todos sus puntos con absoluto éxito cayendo en la trampa los corsarios de Gars "El Albino", muy duchos en lides de mar y combates de saqueo donde en vez de enemigos astutos hallaban indefensas poblaciones civiles atemorizadas.

"Cien Chirlos" llegó junto al Pirata Negro al estallar la última de las trampas mecheras. Llegó al mismo tiempo que "Piernas Largas".

—Bien, mis valientes. Dos sois y mis mejores. A bordo de la

carabela hay diez artilleros y mi personal amigo Gars “El Albino”. Si sabéis, como supongo, nadar sumergidos, al agua y seguidme para trepar por la cadena del ancla. Si no sabéis quedaos en tierra, porque nadando a flor de agua el propio Gars solo se bastaría para perforaros impunemente.

Lanzóse al agua Lezama desapareciendo bajo la azul y liquida extensión. El leopardo abrió una brecha de espuma y gruñía olfateando mientras nadaba con el fuerte impulso de sus zarpas poderosas.

“Cien Chirlos” y "Piernas Largas” se zambulleron a continuación y nadando entre dos aguas siguieron la blanquecina espuma que bajo el reguero que en la superficie trazaba las garras do "Satán" formaban los pies del Pirata Negro.

Cuando el PirataNegro asomó la cabeza a la superficie junto a la ancha cadena del ancla, aspiró a fondo porque la sumersión había sido larga...

Asiéndose a los eslabones fué subiendo a fuerza de pulso.

✲ ✲ ✲

Gars “El Albino” contemplaba la ascensión de sus corsarios por la ladera del monte. Según rezaba el informo del Gran Almirante francés, el Pirata Negro no disponía nunca de una tripulación crecida.

Se le calculaban alrededor de los cincuenta hombres, cuyas bajas relevaba prudentemente seleccionando los sustitutos.

Y rezaba también el informe:

“...siendo de natural jactancioso el pirata español hace gala y ostentación de que quiere pocos y seguros refiriéndose, sin duda, a la traición, que es norma entre la hez pirata del Mar Caribe.”

Seguía el informe relatando otros pormenores del velero y sus tripulantes. Y Gars “El Albino” comprendía que el informe era exacto por lo que a imprudencia temeraria y jactancia se refería al hablar del Pirata Negro.



...avanzando en largo zarpazo...

Porque no podía atribuirse a otras razones la suicida actitud que significaba atreverse a atacar fuerzas que les triplicaban en número.

Cuando estalló el primer barril destrozando a los corsarios caídos en la trampa, Gars "El Albino" frunció el ceño. Crispáronse sus manos cuando oyó el segundo estampido...

No eran piezas artilleras porque la carabela seguía intacta. Mandó "alto el fuego". Los artilleros en posición de espera, se mantuvieron junto a las bordas del entrepuente.

Gars "El Albino" subió al puente de mando, para mejor divisar la playa y en espera de la llegada de los veinte que habían partido hacia el Sur.

No era de temer el ataque al abordaje, que sería fácilmente barrido por las piezas artilleras, si alguna lancha atrevíase a surcar el mar aproximándose a la cnrabella.

Levantó la vista mirando hacia lo alto y reprimió un juramento. En vez del cuerpo femenino que suponía ver colgar, veía solamente una soga terminada en lazo corredizo balanceándose blandamente al Impulso de la brisa.

Pero Garce había desaparecido. La torreta de la cofa estaba vacía.

* * *

Los artilleros del entrepuente seguían en espera del descenso de

su jefe. En pie junto a las culatas de sus culebrinas miraban con intranquilidad hacia la ladera donde ahora divisábanse grupos de piratas descendiendo por ellas.

Se sobresaltaron girando rápidamente sobre sus tacones al oír casi a sus espaldas una breve carcajada burlona.

Vieron tres hombres chorreando agua y blandiendo arma blanca, que acudían hacia ellos. Soltaron apresuradamente sus escobillas de carga y los redondos plomos pesados.

Desenvainado el sable se lanzaron en grupo contra el pirata que iba en cabeza y que era, el que había reído advirtiéndoles de su presencia.

—¡A tres por barbaza os tocan, mis. valientes!—exclamó Loza ma.

Su espada abatía fácilmente los cuatro mandobles que le dirigieron los primeros corsarios, mientras “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” atacaban en tromba por los costados.

Cuando el primer artillero cayó atravesado por la hoja de la espada de Carlos Lezama, éste saltó de lado para evitar los recios y triples relámpagos de los sables corsarios.

Desvió de nuevo las anchas armas de reluciente acero y tendiéndose a fondo atravesó el pecho de un segundo corsario.

Pero no pudo oír la tenue pisada con la que Garce asiendo en su diestra un largo puñal accrcábasele por la espalda, En la mente de la hermana de Gars “El Albino” había habido sólo una leve vacilación.

Cuando el bretón la fué ayudando a descendor de la torreta de cofa y pisó la cubierta, dejándola sola, ella fuese al camarote de proa, indecisa sobre la resolución a tomar.

Estaba meditando si lanzarse al agua y huir del hermano que quería, ahorcarla, aguardando el regreso de Jan Bart, cuando distinguió una silueta chorreante que asida de la cadena del ancla que cruzaba en el exterior la zona visible desde la gran lucarna de aquella camareta de proa.

Y el hombre que trepaba rezumando agua por los eslabones del ancla era el Pirata Negro. El hombre que si bien habíala aconsejado casi con simpatía, el hombre que si bien ya no le inspiraba odio, era, sin embargo, el pirata que había jurado matar a Gars “El Albino”, su hermano.

Y por eso tras un instante de vacilación, Garce acercábase lentnmento sobre la punta de sus chapines hacia donde el Pirata Negro atacaba a los dos restantes corsarios.

Cuando estuvo a dos pasos do distancia levantó el puñal y disponíase a hundirlo en la espalda del que sin haberse dado cuenta de su presencia seguía combatiendo, pero algo viscoso y salpicando agua a su alrededor pareció caer del cielo, Interponiéndose entre el Pirata Negro y el puñal de Garce.

El leopardo acababa de llegar a bordo, tras una penosa ascensión en la que se habían roto varias de sus recias uñas contra ol cásco reforzado con metal de la carabela.

Giróse repentinamente el Pirata Negro al darse cuenta simultáneamente de dos cosas que a la vez tuvieron lugar: la franca huida de los dos corsarios que contra él luchaban, lanzando gritos de repentino pánico y el húmedo chapoteo con el que "Satán" cayendo sobre sus patas delanteras anunciaba su llegada.

El sordo gruñido de "Satán" se aceleró roncamente al erguirse sobre sus zarpas traseras avanzando en largo zarpazo su pata delantera en busca de la garganta de Garce.

Pero la hermana de Gars "El Albino" no fué lacerada por el zarpazo porque la casi fantasmal aparición de aquel ser de la selva sumió en tal frenesí de espanto su mente que cayó al suelo pesadamente, desvanecida sin que su diestra crispada soltara el puñal que asía.

El Pirata Negro abalanzóse sobro el lomo del leopardo que se disponía a abatirse contra la mujer sin sentido tendida en el suelo.

Abrazado al lomo moteado y erizado de estremecientos, el Pirata Negro cabeceó duramente su frente contra la testa de "Satán" en el espacio donde resaltaban los duros huesos frontales.

Era aquél el gesto con el cual en sus juegos solitarios hombre y fiera reconocían que que estaban jugando y la fiera retraía las garras hundiéndolas en los estuches aterciopelados de sus zarpas.

"Satán" siguió gruñendo pero disminuyeron las roncas guturalidades de su garganta… Y como en la arena dejóse caer revolcándose abrazado al único hombre cuya presencia le era tan necesaria como el alimento que comía.

Levantóse de un brinco el Pirata Negro hundida aún su diestra en el pelaje del pecho del leopardo donde frotaba vigorosamente.

“Cien Chirlos” y “Piernas Largas” enjugaban a la par el sudor de sus rostros y la sangre de sus sables en sus camisas. Los diez artilleros yacían sin vida en el entrepuente...

—Llevaos a esta mujer— ordenó el Pirata Negro—. Respetuosamente, “Cien Chirlos”, sin maltratarla. Coged una lancha, mientras voy a visitar a mi amigo Gars, que no sé donde se habrá ocultado. Y encadenadla a ella junto al bretón en la cala de mi velero. ¡Presto!

Mientras los dos piratas obedecían y Garce era transportada en brazos de “Cien Chirlos”. El pirata Negro subió las escaleras que conducían al puente de mando.

Llegando a lo alto asió la cadena calabrote que rematada en argolla de castillo pendía de un tabique. Pasó la argolla alrededor del cuello de “Satán” que quedó sujeto fuertemente por larga cadena empotrada en la plancha de acero.

—Lo siento “Satán”. No quiero que me estropees el placer que solo a mí pertenece de despedazar a Gars “El Albino”.

* * *

Gars “El Albino” oyó el entrechocar de los sables en el entrepuente. Vió también el descenso por las laderas de los grupos piratas. Y hundió el rostro entre las manos cayendo desplomado sobre el banco de madera.

La carabela habíase quedado de nuevo sin tripulación, sola... Y de nuevo, por segunda vez era el mismo hombre quien lograba con sus ardides y maquinaciones vencerle.

Con gestos metódicos, Gars “El Albino” amartilló su pistola. Cargó otra que depositó sobre el banco. El primer plomo para el Pirata Negro y el segundo para volarse los sesos.

Y desde su posición dominante aguardó la aparición del hombre que más odiaba porque era el único que había logrado, no una, sino dos veces vencerle a él, Gars “El Albino” el mejor de los corsarios del Rey de Francia.

* * *

Carlos Lezama inspeccionó oculto tras un rollo de cuerdas la superficie de la cubierta. No había nadie. Acechó las escotillas pero también comprobó que estaban desiertas..

Miró hacia el puente de mando... y tampoco vió a nadie.

Pegándose a los tabiques del corredor que conducía a las calas iba a atravesar la cubierta cuando miró extrañado al leopardo.

“Satán” tirando inútilmente de la gruesa cadena que le impedía avanzar, gruñía aceleradamente mirando con fijeza hacia el puente de mando, dilatadas las rojizas pupilas y erizados los pelos del lomo.

En pie sobre sus zarpas traseras ofrecía un aspecto amenazador contra un invisible enemigo. Carlos Lezama miró hacia el puente de mando y sonrió...

Había comprendido el mudo mensaje de la fiera; el mensaje de los seres de la selva advirtiendo un peligro que si era invisible a los ojos humanos, era perceptible para el agudo y sensible olfato de los animales acostumbrados a vivir perpetuamente con los sentidos alerta.

El Pirata Negro deslizóse contra el tabique y de pronto cruzó en dos saltos el espacio que le separaba de la base del puente de mundo.

Saltó simiescamente agarrándose al pasamanos de la corta escalera. Y de nuevo saltó con acrobático impulso cuando vió asomar por el borde del puente de mando el cañón de la pistola con la que Gars “El Albino” le apuntaba.

Partió el disparo, pero el brusco movimiento del salto último hizo que la bala en vez de alojarse certeramente en el pecho de Carlos Lezama le hiriera en un hombro, dolorosa y hondamente, pero no en herida mortal.

La sangre brotó de la herida y Gars “El Albino” abalanzóse hacia la segunda pistola que destinaba a su propio cerebro. Tero no supo si era el leopardo o ora un hombre el que cayendo encima de sus espaldas lo separó con tanta brutalidad del banco de madera, que perdido el equilibrio, cayó boca arriba.

Se Incorporó ágilmente pero la felina elasticidad del Pirata Negro superaba toda rapidez. Y cuando Gars "El Albino" estaba en pie, ya Carlos Lezama tiraba a cubierta la pistola cargada, cruzándose de brazos, brillantes los ojos de intenso odio.

—Has sabido disparar con tino, Gars. No estás, pues, ya loco. Estamos muy a gusto los dos aquí solos. Tú, el hombre que mataste a la mujer que podía haberme salvado de seguir siendo pirata. Tú, que mataste a Jacqueline de Brest, la única mujer que yo he amado.

Y yo, el hombre que primero te hará pedazos y luego hundirá tu carabela, para que el mundo sepa que Gars “El Albino” era indigno de vivir, ni tan siquiera de mandar una carabela corsaria, por felón, por cobarde delator y asesino de mujeres.

Pronunció Lezama las palabras como si las mordiera. Cerraba el paso a la escalera y Gars “El Albino” desenvainó su espada.

—¡Te odio, pirata! balbució entorpecida su voz por fría ira.

Desgarróse en el aire la fuerte carcajada iíónica del Pirata Negro.

—Nunca odié yo a nadie, corsario... Hasta que aprendí tu nombro. Gars “El Albino”, el traidor, el inmundo ser que segó una vida de mujer. La vida de la mujer que me pertenecía. No estás aguardando a que desenvaine, no. Eres Incapaz, de esa lealtad. Temes que quizás desenfunde mi pistola. No hay carga en ella, Gars, porque quedó humedecida por el agua. Retardo el instante de desenvainar porque no puedo matarte demasiado pronto. Sería, privarme de un placer que ha largo tiempo espero.

Gars “El Albino” sin demostrarlo con ninguna exclamación ni ademán de advertencia, tiróse a fondo, traidoramente. Su espada bien dirigida incrustóse en la madera que un quinto de segundo antes estaba tras la espalda del Pirata Negro.

Fué tan certera y vigorosa la estocada que la espada quedó clavada. Gars “El Albino” pugnó por liberarla... El salto del Pirata Negro había sido tan inesperado como el tenderse a fondo el ágil corsario.

—Aprendí del leopardo, Gars. Saltan cuando quieren porque nunca aplacan de lleno sus dos plantas en el suelo. Enséñales la lección a los demonios cuando te saluden brindándote hospitalidad.

La rodilla del Pirata Negro chocó contra la mandíbula del corsario que forcejeaba para liberar su espada de la madera. La cabeza de Gars "El Albino” salió despedida hacia atrás y soltando la empuñadura cayo de espaldas contra el banco de madera

—¿Duele mucho, Gars? No me refiero al rodillazo. Eso al fin y al cabo es simple caricia. Me refiero a creerse uno a que va a matar a quien odia y ver que éste se le escapa. Como me pasó cuando enloqueciste tan poco oportuno al ver tu nave abandonada.

Gars “El Albino” lanzóse contra cintura y apoyando su barbilla en el, el Pirata Negro enlazándolo por en pecho ensangrentado del herido.

Era fuerte y había desriñonado a muchos adversarios con aquella tosca trabazón que aprendiera en las riñas con los mozos campesinos en su juventud. Además, luchaba con un hombre herido.

Poro sintió en su propia cintura la férrea opresión de dos lianas que semejaban tentáculos de pulpo y fué él quien lentamente doblóse hacia atrás sin poder soportar la asfixiante tenaza del abrazo.

Los dos hombres vacilaron un instante sobre el pasamanos y de pronto el Pirata Negro asestó un cabezazo en la frente del corsario, soltando su presa.

Gars “El Albino” manoteó, levantó las piernas y abatióse hacia atrás cayendo desde dos metros de altura a la cubierta. Chocaron sus hombros contra la dura madera, pero se incorporó salvajemente corriendo hacia un armero de borda donde unos soportes mantenían los mangos de varias pesadas hachas de abordaje.

El Pirata Negro, en pie sobre el reborde del puente de mando trazó un arco en el aire y flexionando las rodillas fué a caer junto al armero de donde asió también un hacha.

El largo mango pesado terminaba en doble hoja bifrontal cuyos filos se ensanchaban en arco destacándose por su blancura del resto del metal ennegrecido.

Gars "El Albino" volteó el hacha encima de su cabeza y soltó el mango... Describiendo dos veloces círculos silbantes el hacha rozó el pañuelo rojo que cubría la rebelde cabellera del Pirata Negro, cuya rápida genuflexión evitó por milímetros la mordedura del arco afilado.

—Coge otra, Gars. Debes hartarte hasta la saciedad de paladear la hiel del fracaso.

Con las dos manos apoyadas en el mango del hacha cuyas dos semilunas centelleaban besadas por el sol, el Pirata Negro observó como enrojecido el albino semblante, Gars asía otra hacha, que esta vez no lanzó porque con dos pasos rápidos el Pirata Negro estaba frente a él, casi tocando pecho contra pecho. Las semilunas de las dos hachas hallábanse también rozando una contra otra.

—Es tu última probabilidad, Gars. No creas que te he dado tantas ocasiones por el imprudente deseo de que me mates—y mientras hablaba los puños del pirata empujaron sólidamente

manteniendo contacto con las manos entrelazadas del corsario para evitar que éste descargara traidoramente un tajo repentino hacia sus piernas.—He querido, albino, que veas tu carabela sin hombres, que conozcas el sabor de perder aquello que más se ama. Para ti, la carabela y tu jefatura. Yo perdí la mujer que el hombre que corazón tiene suele soñar e imaginarse como compañera eterna de su vida. Y ahora, acabóse la tregua. Siento que mi odio va a apagase cuando vea el color de tu sangre.

Dió Carlos Lezama un brusco empujón a las manos dol corsario y ambos retrocedieron ágilmento levantando las hachas de combate. Gars truncó el ademán y sin acabar de levantar el arma que con un sólo golpe cercenaba vidas, asestó un tajo de sesgo destinado al pecho sangrante.

Fué un ademán de leñador; del leñador que se dispone a derribar un árbol esbelto de un sólo impulso. El Pirata Negro abatió su hacha cuya hoja doble restalló con estruendo contra las semilunas que intentaban cercenarle por la mitad.

El choque hizo rebotar contra cubierta de plano las dos semilunas de hierro acerado, obligando a los dos hombres a inclinarse por el peso del impulso.

Cuando de nuevo el Pirata Negro alzó la suya, el hacha de Gars salió disparada de sus manos. Gritó el corsario ferozmente… pero su exclamación de triunfo se quebró en su garganta…

Carlos Lezama doblado en dos hacia delante recibió en el mango de su hacha que se abatía velozmente el choque del hacha enemiga; pero su impulso lanzado era ya el remate vigoroso de su odio…

Y Gars “El Albino” quedó en pie, como un hombre ebrio, desprendido de su hombro izquierdo el brazo que cayó al suelo, semejando tener vida propia en un último estremecimiento sobre cubierta.

Dobláronse las rodillas del corsario; sus pupilas rojizas se vidriaron y en un último estertor ronco se desplomó.

Soltando el hacha, el Pirata Negro arrastró al moribundo que sangraba copiosamente. I.o llevaba a ras de suelo tirando de el por el brazo que le quedaba. Y soltando a “Satán” introdujo en la argolla que antes sujetaba el cuello de la fiera, el brazo de Gars.

Fué empujando el brazo hacia arriba hasta que el hombro válido del jefe corsario quedó apresado y sin posibilidad de escape en la

férrea argolla. Para asegurarse más aún, el Pirata Negro trabó otra cadena alrededor de la cintura del vencido corsario sujetándola con la argolla que mantenía el hombro.

Ya ningún poder humano conseguiría librar a Gars “El Albino”.

“Satán” siguió al Pirata Negro cuando éste bajó a las calas. Instantes después Gars “El Albino” entreabrió los ojos y vió un espectáculo dantesco.

Blandiendo una antorcha resinosa de gran llama, el Pirata Negro aplicaba la lengua de fuego bajo las lonas del velamen, saltando de banqueta en banqueta. La lengua prendía rápidamente en las resecas y combustibles lonas, crepitando rumorosamente.

El leopardo con majestuosa armonía elástica brincaba junto al Pirata Negro. Pronto el humo fué ascendiendo mientras las llamas subían rápidamente hacia lo alto de las vergas y palos...

Las carcajadas del Pirata Negro sonaban a furia deminíaca y en el pelaje parduzco y moteado de negro y rojo del leopardo las llamas cabrilleaban reflejos sanguinolientos.

Gars “El Albino" abrió del todo los ojos cuando su barco íbase convirtiendo en gigantesca hoguera... Ante él, asiendo por el cuello al leopardo, Carlos Lezama, el Pirata Negro, estalló en amarga carcajada.

—¡“Vengeance" es el nombre de tu carabela! Y yo he realizado su destino ¡Venganza! Pronto serás una ceniza mas entré las cenizas de tu carabela, Gars “El albino”. Pero has sufrido ya bastante; no hay mayor para el hombro de mar si es jefe como tu, que ver morir su barco.

Las llamas envolvían la escena; el calor era sofocante. El leopardo gruñó inquieto al cegarse sus pupilas con el humo y el calor del fuego que iba abatiendo con estruedo los palos que caían atravesados sobre cubierta.

—¡Que siga para ti el fuego en el infierno, Gars "El Albino”! No quiero que seas una antorcha viva. ¡Te maldigo por vez última!

La pistola que Gars “El Albino” destinaba a saltarse los sesos, realizó el fin propuesto. Pero fué la mano del Pirata Negro la que presionó sobro el gatillo...

El leopardo gruñía ya aceleradamente; el rojo incendio envolvía al hombre y a la fiera. El Pirata Negro corrió hacia la borda que era una barrera de llamas...

Saltando con fuerte impulso atravesó Carlos Lezama la pared de fuego; junto con él, con la misma elasticidad, el leopardo pareció una llama más que se precipitada al mar.

Las dos zambullidas fueron simultáneas y nadando con larga brazada el Pirata Negro se alejó de la carabela incendiada... que hundíase lenta mente de popa.

Desde la playa, chorreantes los dos, hombre y fiera, contemplaron los últimos chisporroteos con los que la carabela, hundiéndose definitivamente, sembraba de tizones ennegrecidos la superficie del azulado mar revuelto ahora en anchos remolinos...

Los anillos líquidos fueron amenguando hasta desaparecer. Y el mar quedó de nuevo en calma sirviendo de tumba a Gars “El Albino” y su carabela de la muerte.

EPILOGO

Cuando Garce, depositada sin brutalidad pero firmemente al fondo de la cala por “Cien Chirlos” y encadenada junto a Jan Bart, vió que el pirata de rostro torvo y feroz salía dejándolos solos, miró al bretón con luminosa alegría.

—Creí morir sin volverte a ver, Jan. Ya... ahora poco me importa. Quiero sólo que me repitas las palabras que al bretón le dijiste para que velara por mí.

Jan Bart sonrió dulcemente, clara la mirada de sus límpidos ojos azules.

—Mi novia... eres. En la muerte ya, Garce. Tarde nos conocimos.

—Un día de la felicidad que tú me has dado rescata toda mi pobre vida desdichada, Jan. Siento sólo no poder tocar tu mano y llevarla a mis labios porque eres bueno y... te amo.

—Gracias, Garce. Sírveme de consuelo saber que me quieres, pero... maldigo de quien aquí te ha encadenado por truncar tu vida y el principio de nuestra felicidad.

Guardaron silencio contemplándose absortos. Poco después contó Garce lo ocurrido.

—...y ahora Gars...

—Le matará, amor mío. Pero desgraciadamente no quiero darte esperanzas. Tanto morir a manos del diablo español que entre las de sus hombres.

En el umbral de la cala resonó una carcajada y Jan Bart enderezó la cabeza apartando la vista de Garce. Fijó sus ojos con ira en el atezado semblante del Pirata Negro uno de cuyos hombros sangraba y cuyos extremos del pañuelo anudado a su nuca estaban chamuscados.

—¡Maldito pirata! ¿Por qué a ella la has encadenado? Es mujer y

nada tiene que ver con nuestros odios.

—¿Me odias, bretón? Fea cosa, yo te lo digo porque conocí su mordedura cuando Gars mató a mi amada. Yo no te odio ni a ella tampoco.

—¿Por qué, pues, la mantienes encadenada junto a mí?

—Símbolo, bretón. Es un símbolo. Ella quiso matarme y por la espalda. Acción propia de mujer… pero sus motivos tenía. Iba yo a saciar mi odio… y ya esá saciado. Escúchame, Garce; nunca más sientas pasiones bajas. La envidia, el odio y la amargura afean los semblantes. Ríe siempre, siempre.

—¿Y Gars? preguntó ella en voz baja.

—Te dije un símbolo, bretón—continuó el Pirata Negro como si no hubiera oído la pregunta de la mujer—. ¿Viste cuán bella es Garce cuando te sonríe amorosa? Así me sonreía Jacqueline de Brest…

El Pirata Negro silbó por dos veces estridentemente.

“Cien Chirlos” apareció corriendo y Carlos Lezama le señaló a los dos encadenados.

—Quítales esos hierros. Que los cambien ellos por las cadenas tan gratas de una unión permanente.

Jan Bart, en pie, abrazóse estrechamente a Garce, y manteniéndola enlazada por la cintura, miró receloso al pirata español.

—¿Qué pretendes, pirata?—susurró incrédulo, aunque trataba de averiguar el sentido que con absurda esperanza prestaba a las palabras de Carlos Lezama.

—Nada pretendo que deba poner en tu bello rostro, Garce, mirada de pavor. Contra el costado de mi “Aquílón” hay una lancha velera con suficientes provisiones para que lleguéis a isla antillana francesa; sois libres.

Jan Bart tembló de pies a cabeza sacudido por intensa sorpresa.

—¿Por qué haces eso, pirata? ¿Qué trampa Infernal hay tras tus palabras?

—La única trampa y envidiable son los labios de Garce. Ella cierra los ojos y no habla. Te Indica lo que debes hacer, bretón. Llevarla a la lancha y callar. Condúcela… y condúcela siempre dándole el cariño que nunca encontró.

Jan Bart, rodeando fuertemente el talle de Garce empezó a

andar con la vista fija en el Pirata Negro. Temía una emboscada macabra.

Pero cuando vió a Garce en la lancha velera Junto al costado del "Aquilón" y tenía el pie en la escala que pendía reuniendo la cubierta del velero pirata con la lancha donde ella aguardaba, se persignó.

—No te comprendo, pirata, has matado a Gars...

—¡Chttt! Vete.

—...Pero no puedo irme sin decirlo que si como hombre te saludo, como corsario debo advertirte que en Francia pediré favor del Rey para botar nueva carabela en que venir en tu busca para matarte.

—De hombres es advertir, bretón.

Búscame cuanto quieras y cómo puedas... y que tengas suerte.

Jan Bart empezó a bajar la escalera. Levantó la cabeza al oír la voz del Pirata Negro:

—¿No crees, bretón, que sería mejor, ya que esposa amante hallaste, olvidarte de mí y de tu profesión de corsario? Dedícate a ser marido y que encima de tus rodillas cabalguen los mamoncetes que luzcan tus ojos de mar y la tez de cielo de Garce.

Jan Bart entró en la lancha, izó velas y estaban ya lejos en el horizonte cuando los ojos de Garce, empañados de lágrimas de felicidad, vieron aún en lo alto del castillete de proa del velero pirata la figura del hombre que ya no podía odiar y la silueta de la fiera que majestuosamente se recortaba contra el azulado cielo.

FIN



Notas

[1] Ver “La carabela de la muerte”. < <

[2] Era costumbre de la época, cuando algún pirata se distinguía por su bravura e inteligencia, ser llamado por el rey de su nacionalidad, quien, dándole “patente de corso”, le autorizaba a seguir legalmente su tráfico reprobable y sangriento, a beneficio de las cajas fuertes del Estado. < <

[3] Véase el 2º episodio: «La bella Corsaria». < <